

GUAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC



SALADO
ALVAREZ

DE MI
COSECHA

PQ7105
S2

R. C.



1020028128



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

A distinguido perito
disto, mi querido amigo
go, Alfredo Acosta. Para
nos amate.

A. Salazar

De mi



Cosecha

(Estudios de crítica)

Asuado a ^{n.º} 28. de 1899

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

100343

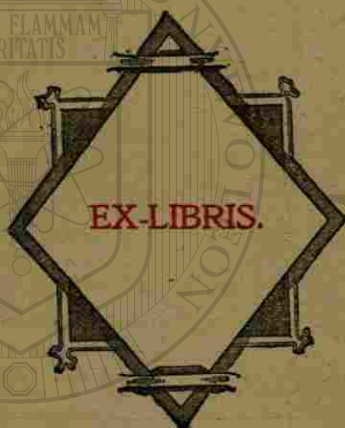
28536

Víctoriano Salado Álvarez

De mí 

Cosecha

ESTUDIOS DE CRÍTICA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GUADALAJARA

IMP. DE ANCIRA Y HNO. A. OCHOA.

MDCCCXCIX

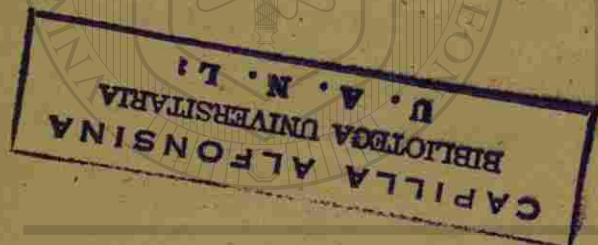
1899

C
801
S

PO 7105
S2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



Al insigne artista

José

Lopez-Portillo

y Rojas,

DEDICA este libro su devoto amigo y agradecido discípulo:

V. S. A.

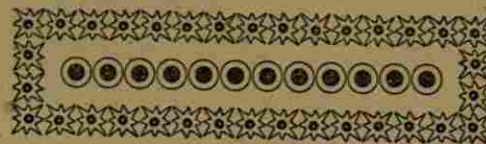
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRÓLOGO.

ALLA va, lector amigo, esta colección de artículos, mínima parte de los muchísimos que durante años he venido escribiendo y á que han dado cariñosa acogida las publicaciones periódicas.

No me obligan á publicarlos ruegos de amigos, ni instancias de admiradores, ni creencia arraigada de que vengan á llenar ningún vacío ni á cubrir ninguna urgente necesidad. Dóylos á luz por mi solo gusto, para gozar del privilegio que otros tanto ó más torpes que yo han tenido: ver su nombre escrito con letras de molde al frente de un
li-

libro para que no se diga que el periodismo y solamente el periodismo es su terreno—por más que las tonterías no se tornen en discreciones aunque se encuadernen en la piel de las propias cabrillas y se escriban con tinta de cinabrio.

Si me preguntas, oh, lector, por qué escogí estos y no otros de los inúmeros trabajillos que han corrido bajo mi firma, te he de confesar que, aparte el deseo de manifestar la admiración que me inspiran algunos literatos insígnies, los otros artículo-culejos tienen su miga y su finalidad, como que llegan en son de protesta ó propaganda contra ciertas teorías de poco acá introducidas en nuestra literatura, y que, por ser de lo más flamante y recién acuñado, han hecho prosélitos entre algunos mal aconsejados ingenios.

Dejando, por ahora, á un lado el resolver si existe y puede existir literatura mexicana en el sentido
más

más amplio del vocablo, el hecho indudable es que nuestros escritores habían, al parecer, encontrado la transacción apetecida entre las opuestas tendencias: conservarse neta y firmemente hispanos en lo que ve á la expresión, sin perjuicio de introducir en la forma y el fondo de la obra las variaciones á que podía dar origen la diferencia de medios y la desigualdad de razas.

En mala hora, sin embargo, ese buen propósito ha desaparecido como la sal en el agua.

Tras los que así pensaban ha venido otra generación no más joven, pero sí más impaciente, que proclamando la imitación de no sé qué neurosismos que en Francia imperan ha pretendido echar abajo en un día la obra de muchos años y de muchos esfuerzos.

Ese impulso de los nuevos significa, para mí, el salto atrás en materias literarias.

Mé-

México ha seguido un camino armónico en el desarrollo de sus elementos y en la manifestación de sus fuerzas.

Empezamos por copiar de los extranjeros —sobre todo franceses y americanos— instituciones, formas de gobierno, manera de organizar la enseñanza, literatura y hasta movimientos revolucionarios. De eso provino el que si se decía que tal cosa estaba vigente en París ó en Washington ó que la encomiaban monsieur de Lamartine ó monsieur Victor Hugo, todo el mundo inclinara la cabeza como si hablara el Padre Santo. Así vimos que sólo porque los americanos, que tienen su fiesta nacional en julio, empiezan su año fiscal en este mes, se señaló el nuestro en igual tiempo; y que porque estaban de moda los dramas patibularios de los tiempos medievales, nuestros literatos mejores escribían leyendas que se desarrollaban

en

en castillos situados en las orillas del Rhin y en tiempos de Federico Barbarroja ú Othon el grande.

Pasaron los años y fuimos desprendiéndonos de prejuicios y servilismos, y ahora, conservando mucho de lo antiguo, lo hemos ido reformando con método, adaptándolo á nuestras costumbres y constituyéndolo masa propia.

En poco tiempo nuestra patria ha ido reconstruyéndose en el interior, adquiriendo crédito fuera, cimentando su vida y mejorando todas sus condiciones. Al restablecimiento de la paz, á la consideración que al país se dispensa y á la creencia, que circula como moneda corriente, de que pasamos ya el sarampión político y económico que sufren todas las naciones nuevas, ha correspondido un amplio florecimiento en todas los órdenes: ciencias y artes, legislación y seguridad, instrucción y comodidades de la vida culta,

to-

todo se desenvuelve paralelamente obedeciendo á las grandes é inmutables leyes de la historia. Sólo nuestra literatura, que parecía hallarse en la edad adulta, torna á la imitación minuciosa, á la época en que se remedan gestos y voces de los mayores. No tiene para nuestra admirable evolución, para nuestro portentoso cambio de frente una sola palabra de aliento, una sola palabra que indique que comprende y ama el esfuerzo del pueblo y de sus conductores: vive en París, en el barrio de los delícuescentes, y más se interesa por saber el cómo y el cuando de la amputación del pié de Rimbaud que de loar los esfuerzos de un pueblo que quiere abandonar su capullo y transformarse en la "mariposa angélica" de que hablaba el Dante.

El más inteligente de los modernistas mexicanos —pues Valenzuela es, para mí, un dilettanti más que un convencido —Amado Nervo,

ha

ha dicho con razón que aquí se vive más de lecturas que de hechos. "¡Maggil Puah— ¿Pues á quién debe verse representar? — A Mounet Sully — ¿Usted lo ha visto? — He leído....." Y las lecturas nos quitan el gusto por lo que podíamos ver y gozar.

Se aman el boulevard, las fortificaciones, el Moulin Rouge, Tortoní, el Louvre, la Santa Capilla, que se han visto en estampas, y se abomina, en cambio, de nuestra naturaleza pródiga, de nuestra vida modesta, de nuestras costumbres sanas, que se hacen servir como objeto de chunga y risa en vez de servir de inspiración y de amor.

Y como si eso no fuera bastante, se ridiculiza á los burgueses, á los que se encuentra feos, tontos, sin aptitudes artísticas; á pesar de que burgueses y solamente burgueses han sido cuantos han hecho en la república algo digno de recuerdo;

por-

porque nuestros regeneradores, nuestros caudillos, nuestros guerreros, nuestros pensadores y hasta nuestros artistas no se han ido á reclutar en la turba de sotiles y almidonados que llaman á sus lectores gorrinos, asnos, taimados y hasta pillos.

Reacción contra ese movimiento, protesta contra esas tendencias, propaganda contra esos errores pretende ser esta colección.....

Pero noto, lector, que me he extendido más de la cuenta y que, queriéndote reseñar las causas de que el libro apareciera, escribí poco menos de lo que el libro contiene.

Qué Dios te dé salud y á mí no la escasee.

LOS MODERNISTAS MEXICANOS.

(POLEMICA.)

Ce n'est pas tout d'avoir
un bel habit, solidement
cousu et á la mode; il faut
encore pouvoir entrer com-
modément dans son habit.

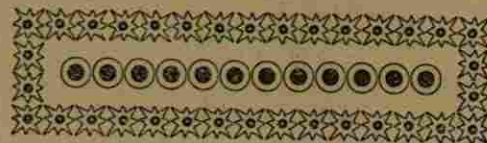
H Taine, *Les origines de
la France contemporaine.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



Sr. D.

Francisco M. de Olaguibel.

Muy querido y admirado amigo mío:

NO va á ser floja su sorpresa al saber que, al cabo de los años mil, me disparo escribiéndole á propósito del precioso tomo de poesías que con el título de "Oro y Negro" lanzó usted á la publicidad.

La galante dedicatoria con que acompañó usted el envío del dicho libro, me obligaba, por lo menos, á dar á usted las gracias por su bondadosa atención; pero la detestable prosa en que vivo de continuo, la prosa del papel sellado, me había impedido cumplir con ese deber de cortesía.

Usted me lo perdonará.

Pero amén de la consideración que le indico, fueron parte para moverme á escribir ésta, que tengo intención sea larga epístola, las de saber que es usted flor y espejo, cifra y compendio de la flamante escuela poética; que posee un ingenio muy claro y muy sutil, que se halla equivocando en sus procedimientos literarios, y que, por último, es tan mozo, que se encuentra to-

todavía en el "diez y" de los años, circunstancia que me hace esperar pueda aún volver al buen camino, pues nada menos de S. Pablo se cuenta que, siendo niño, guardó las capas de los lapidadores del primer mártir—y ya usted sabe, andando los tiempos, cuán grandes servicios prestó á la Iglesia aquel insigne varón.

Ha escuchado usted hasta ahora, en alabanza de sus versos, los pareceres de sus correligionarios y amigos, de los miembros de ese círculo apretado por pequeño, y aguerrido por militante, de que forman parte Tablada, el artista peregrino, y Nervo, el orífice esquisito; ya sabe usted lo que de su obra opinan los suyos; oiga usted ahora á un humilde burgués, á un "filisteo," á un Prudhomme ajeno á refinamientos y primores que pretende decirle, como los peritos judiciales, "toda la verdad y nada más que la verdad, obrando con arreglo á su leal saber y entender."

Tan largo prólogo no quiere decir que usted haya sido adulado ó encomiado injustamente, pues por fortuna ustedes, los jóvenes mexicanos, distan mucho de sus congéneres franceses, que tan bien satirizó René Doumic en su donoso artículo sobre "Los escritores del siglo veinte."

Pertenece usted á la escuela que bajo el calificativo de decadentista encierra en su seno á otra multitud de sectas y doctrinas brotadas de ese gran semillero de ideas que se llama París.

Sea

×

Sea en buena hora: á fuer de joven y de tonista tiene usted que vestir á la última moda, siquier sea ésta extravagante y poco bella.

Decadencia, según la acepción más llana y aproximada á su origen, es el estado de un ser ó institución que después de haber llegado á su apogeo, en virtud de algún fenómeno histórico ó por causas ignoradas, baja de su primitivo nivel. Las naciones que decaen se distinguen, como dice Pablo Bourget, por el hecho de producir pocos individuos aptos para la lucha diaria de la vida, por lo cual los decadentes son siempre exquisitos, ávidos de sensaciones nuevas, deseosos de probar cuanto anteriormente se reputaba prohibido.

La causa del decadentismo, según el autor de los "Estudios de psicología contemporánea," es el excesivo desarrollo de la personalidad, que movida del propósito de aparecer autónoma, se disgrega del conjunto para gozar del bienestar acumulado durante muchas generaciones.

Estilo de decadencia, según el propio autor, es aquel en que la unidad del libro se pierde para dejar sitio á la independencia de la página, en que la página cede su lugar á la frase y la frase se retira ante la palabra.

Ahora bien, ¿de qué civilizaciones extinguidas y olvidadas procedemos? ¿qué ata-

atavismo de raza nos impele fatalmente á rechazar los placeres ordinarios y á buscar sólo los pecaminosos, los complicados, los difíciles de saborearse por la generalidad de los mortales? ¿qué estado social es el nuestro, que sin haber siquiera catado el fruto de la cultura lo declaramos podrido y vitando?

La literatura no es sino uno de tantos resultados de la vida social, y lejos de ser influente es influida. La obra que quiere perpetuarse ó debe reflejar la manera de ser de los contemporáneos, sus ansias, sus temores, sus esperanzas, sus dudas, ó reflejar la índole de la humanidad entera, con sus sentimientos, sus ensueños y sus ideales.

Esto sólo es dado al genio que sintetiza, lo primero puede alcanzarlo el talento que reproduce.

Ustedes, los mexicanos "modernistas", (creo que esa es la palabra) sin tener en cuenta cosas tan sencillas, se dan á imitar frases, dicción, metro é ideas de los poetas franceses novísimos, y consiguen no sólo que el gran público no las entienda, sino que la pequeña minoría que lee, los moteje de no comprender su época.

Es decir, que obran ustedes á manera de las niñas de las escuelas, que reciben de París el cañamazo, el estambre con que han de bordarlo y el dibujo que han de reproducir, y cuya tarea se reduce á saber cuán-

cuántos puntos de la cuadrícula han de llenar para obtener un pájaro estrambótico ó una flor apelmazada.

Discurriendo en una ocasión acerca de estas cosas en compañía de mi excelente amigo Tablada, lanzaba éste una teoría paradójica é ingeniosa como suya.

"No hay,—me decía—literatura mexicana, ni literatura francesa, ni literatura española, sino literatura universal, literatura eterna. ¿Acaso yo no puedo comprender á Tolstoi ó á Strindberg ó á Verlaine sólo porque no son de mi raza? Y si los comprendo ¿no puedo imitarlos y asimilarlos su espíritu? Desengáñese usted;—continuaba—en literatura como en religión no hay hombre ni mujer, gentil ni judío, griego ni romano, sino personas unidas en una fe sola y en un solo amor, el de la belleza eterna y triunfadora; pues cuantos amamos estas cosas, venimos á formar algo semejante á la comunión de los santos que enseña la Iglesia."

Esto, para dicho en un rato de buen humor, de "causerie" amena, es excelente; pero para constituirlo en sistema y sobre todo para practicarlo, resulta detestable.

Pues qué ¿es posible desconocer la importancia de los tres factores, "raza, medio y momento," que años antes de que la escuela moderna apareciera habían sido preconizados ya por los Schlegel en sus disquisiciones sobre el arte dramático? ¿Acaso la expresión de la belleza, por lo que

que de íntimo y personal tiene la noción, no debe poseer por base la verdad de lo que se siente ó se piensa, sopena de cometer errores gravísimos?

×

Hipólito Taine, en mi opinión el protocrítico contemporáneo, en la más harmónica y hermosa de sus obras—la "Historia de la Literatura Inglesa"—asienta con razón que "del mismo modo que la astronomía no viene á ser sino un problema de mecánica y la fisiología un problema de química, así la historia no es, en el fondo, sino un problema de psicología..." "La historia—dice—se ha transformado desde cien años ha en Alemania, y en Francia desde hace sesenta, sólo por el estudio de las literaturas. Se ha llegado á descubrir que "la obra literaria no es juego de imaginación, capricho aislado de cabeza calenturienta, sino copia fiel de las costumbres que rodean al autor y signo de un estado de ánimo." De esto se ha deducido que podía lograrse, mediante los monumentos literarios, averiguar cómo habían sentido y pensado los hombres de hace muchos siglos. Se ha intentado la tarea y se ha logrado del todo."

Aplicando criterio tan lógico á la fase actual de la producción literaria en México, ¿qué podrá pensar el historiador que se dedique á dar cuenta de ella relacionándola con el estado general del pueblo? Que la gente vive aquí agotada, deses-

pe-

perada, tediosa, queriendo marcharse al "paraíso de la locura," llamado también "Walhallia místico," "sobre el corcel sin freno de la neurosis;" que como su amigo de usted el estilista Ceballos asienta, en el estado de pulimento en que nos hallamos, nos agrada ver correr sangre humana, ó que, según pretende el joven Couto, como una muestra de refinamiento y de buen gusto, hay quien sienta placer al matar á su manceba por simple afán de colorista, por ver correr la sangre roja sobre la piel blanca, ó quien experimenta tentaciones de matar á sus hijos en razón de no sé qué tiquis miquis filosóficos y sentimentales; y todo lo demás que ustedes con la mayor seriedad escriben, de seguro por hacer temblar las pajarillas de los pobres provincianos como yo.

Y á fe que el psicólogo del cuento erraría de todo en todo, pues en vez de hallarnos tan gastados y faltos de vigor como ustedes suponen, nos encontramos llenos de vida y de fuerza, ávidos de probar lo que á la vista ofrece el espectáculo social, sin querer ahondar sus causas ni desentrañar sus fundamentos. Más que al Fausto de Goethe nos parecemos al Adán de Milton, y más nos convendría entonar el salmo de vida de la leyenda alemana que los versículos de Job que recitaba Johnatan Swift en cada aniversario de su nacimiento.

Sin

x

Sin embargo, es tal mi fe en los destinos de la literatura patria, tal mi creencia de que todo está lo mejor posible en el mejor de los mundos posibles, que contra el parecer de los adversarios de ustedes creo que la asonada (no revolución) que han llevado á cabo, es benéfica y tiene que traer algunos excelentes resultados.

Nuestros antiguos poetas fueron más que descuidados en asuntos de forma, más que heterodoxos en lo concerniente á métrica. Todos ó casi todos deben haber dicho, ó por lo menos pensado, lo que cuentan escribió un literato de mucho fuste de Sur América: que era indecoroso para ciudadanos de un pueblo libre conocer y someterse á los dictados de una Academia que sostenía una nación monárquica y regida despóticamente.

Ustedes, aunque desnaturalizando no poco la métrica amplia y generosa del castellano, en su afán de buscar como dice Richépin,

Mots aux casques d'argent lourds de joaillere,

Mots caparaçonnés des diamants et d'or,

han estudiado no sólo los efectos de las palabras, sino que han acatado respetuosamente las leyes de su formación y hasta han inventado combinaciones nuevas de verso en que predominan el ritornello y la repetición simétrica, caros á los autores de secuencias y á los poetas franciscanos. De esa labor, mucho ha de ser-

vir

vir para enriquecer el acervo común de la lengua.

Los versos de usted, por razón natural, adolecen de los defectos y poseen las cualidades propias de la escuela á que pertenece. Son, cuando no se propone imitar á nadie, numerosos y elegantes; artificiosos cuando lo acometen pujos de exotismo y novedad; con cierto ritmo triste y delicado cuando pretende dar á conocer sensaciones fuera del alcance de los mortales.

En cuanto al fondo, va usted á asombrarse de que se lo diga: los versos que más me gustan de "Oro y Negro," son los menos exquisitos, los menos trabajados, los que dejan adivinar algo del alma del poeta. Por eso prefiero "Rimas de Oro" y "Hojas de Album" á "Croquis Modernos," "Baladas Negras" y "Rondeles," que es donde al parecer ha echado usted el resto de su fantasía.

Tiene usted rasgos hermosos, frases llenas de frescura y candor en que el poeta traiciona al autor de "pastiches;" pero como si fuera usted víctima de terrible obsesión, tras uno de esos aciertos vuelve con insistencia á la perversa imitación de los modelos.

Alguien ha dicho que de los treinta para arriba todos caminamos llevando áuestas un poeta muerto. Usted, sin haber alcanzado ni con mucho esa edad,

2

lle-

lleva ya, como peso abrumador, un bardo de vuelos altísimos á quien otro menos genial golpea sin descanso.

Si usted quisiera abandonar esa retórica de relumbrón, si volviera sobre sus pasos y se propusiera oír la voz de su hermosísima musa, hoy relegada á sótano infecto mientras ocupa su lugar lúbrica barragana, ¡qué cosas tan hermosas mostraría usted á cuantos aman la belleza, qué fama alcanzaría para su nombre!

No repita usted como su oráculo Verlaine:

Ah! tout est bu (tout est mangé) Plus rien á dire!

"Tóquese el corazón, que allí está la poesía": no siga escuelas, ni sectas, ni matices, ni banderías; pues nunca la verdad está en esos exclusivismos, que si de pronto deslumbran, al cabo aparecen como los que fueron en un tiempo vestidos de moda en los retratos viejos. Lo que no envejece, lo que no pasa de moda, lo eterno, es la verdad en la expresión y en los afectos, lo ingenuo, lo personal, lo sentido.

No aconsejo á usted que acate al pie de la letra los preceptos de las "Cuatro poéticas" de marras, no pretendo que imite á los escritores del "siglo de oro" como quizás alguien suponga erradamente. Quiero que usted sea usted y no Baudelaire ó Rollinat ó Mallarmé.

Deje por ahora de figurar entre los que no tienen más mérito que coleccionar

es-

estampas japonesas, entre los que poseen por todo bagaje literario algún soneto conceptuoso y superfirrolítico, entre los que, á manera de los hebreos al salir de Egipto, necesitan hurtar copas y ánforas para enriquecerse. Usted es de suyo poderoso y bien nacido, y esa compañía más que añadir algo á su peculio lo empobrece y aniquila.

Pero no deje para más tarde el hacer separación de bienes, sino ejecútela desde luego, que el demonio de la costumbre es tan tremendo, que no abandona el cuerpo de que ha hecho presa ni aun mediante rezos y exorcismos pues á semejanza de aquel viejo que aupó Simbad el Marino para vadear una corriente, forma parte siempre que puede del infeliz á quien posee.

Usted, poeta de nervio, usted, versificador armonioso, usted, hombre de talento clarísimo, no solo puede convertirse á la verdad, sino convertir á otros que como Nervo, Tablada, Couto y Ceballos gimen en las tinieblas del error, porque, á semejanza de aquella matrona romana que refiere Tito Livio, que rindió la fortaleza de su castidad á insignificantes bujerías y á joyas sin precio, han preferido á las ricas galas que por derecho propio podían ostentar, las que prestadas han conseguido para ataviarse.

Mientras usted y ellos encuentran el camino de Damasco, me repito su amigo que lo admira.

A manera de aquellos caballeros que invitaban á los ingleses á tirar primero, me llena vd. de elogios inmerecidos en que me hace mayor favor del que yo acertara á desearme, y en seguida se ocupa de combatir mis conceptos.

Comienza usted por atribuirme algo que yo no he asentado y que tampoco pienso: que la literatura debe marchar de acuerdo con el nivel medio de la cultura general.

No he afirmado tal cosa, amigo mío, y muy desmañado debo de ser cuando á pesar de haber escrito tan largo y tendido no logré hacerme comprender ni aun de literato tan agudo y de hombre tan conocedor como usted.

Sí yo creyera que la literatura había de estar al nivel del medio de civilización, preconizaría, en México, como poesías dignas de toda admiración las rapsodias de los Homeros callejeros; y en Francia como novelas en que se cifran el primor del gusto y el arte, los engendros de Jorge Ohnet y Javier de Montepín.

No, no he dicho eso; al hablar de medio me refería al "medio ambiente," al conjunto de las costumbres, las tendencias, la educación, los hábitos y las inclinaciones que distinguen é individualizan á un determinado grupo humano de todos los demás en la lucha por la cultura. Para mí no hay instituciones, ni filosofía, ni economía, ni historia, que no se basen en el

el conocimiento de esos y los otros mil factores que, unidos por nexo misterioso, producen como floración suprema el arte, y la manifestación más bella de éste, la literatura.

Procediendo de acuerdo con las "dependencias y condiciones" de un pueblo determinado, en un momento dado y en circunstancias especiales, se consigue hacer vividera la obra artística; desacatándolas se escribirán hermosas paráfrasis, lucidas imitaciones, parodias que produzcan la ilusión del original; nunca trabajos espontáneos y potentes que perpetúen el verbo de una raza al través de las edades.

El artista es un producto, "un producto como el vitriolo y el azúcar" y solo se desarrolla en circunstancias apropiadas, en medios que cuadran á su naturaleza, merced á uniones y eliminaciones en que no interviene la casualidad, sino leyes de antemano previstas y capaces de verificarse por la experiencia.

El dramaturgo, el historiador, el poeta, el hombre de estado que más agenos se juzguen á estas influencias, están llenos de ellas, y en sus obras se encontrarán de seguro compenetradas y confundidas como el tronco, las hojas y el fruto de un árbol en el germen embrionario de la semilla.

Citaba en mi carta al señor de Olaguibel la "Historia de la Literatura Inglesa"
Tai-

de Taine; recurra usted á esa obra maestra y allí verá que aun genios que parecen únicos en el mundo, como Shakespeare, tienen sus raíces y sus precedentes en la época en que viven; y que en el portentoso britano influyeron al mismo tiempo el predominio del protestantismo, las opiniones reinantes, la filosofía nueva y—quien lo diría—el ejemplo de otros escritores—Webster, Ford, Massinger, Marlowe, Ben Johnson, Flechter y Beaumont—que, guardando las debidas distancias, escribieron en el mismo estilo, recurrieron á los mismos resortes dramáticos y tuvieron los mismos defectos que el gran creador.

Entre un seto de Versalles—dice el filósofo de "La Inteligencia"—un razonamiento filosófico y teológico de Malebranche, un precepto de versificación de Boileau, una ley de Colbert acerca de las hipotecas, una cortesía de antecámara en Marly y una sentencia de Bossuet sobre la realeza de Dios, parece que hay una distancia infinita é incapaz de traspasarse.... Pero "los hechos se comunican entre sí por las definiciones de los grupos en que están comprendidos," como las aguas de un alveo por las cúspides de las pendientes de donde proceden.

¿Cómo usted pretende, pues, emanciparse de tales elementos y fundar todo un sistema literario sobre la sola imitación de modelos que podrán ser y son de hecho

ad-

admirables en donde florecieron; pero que aquí se despegan completamente de nuestra manera de pensar y sentir?

El dilema que usted me propone tiene un medio: yo no censuro à Baudelaire ni à Poe, ni à Villers, ni à Daniel, ni à Isaías, á todos los pongo sobre mi cabeza y los admiro rendido; pero los admiro como reveladores de todo un estado social, como exploradores que "vitae lampada tradunt," como vasos de elección á quien tocó por suerte envidiable, ora contener el ansia de ideal, ora los neurotismos extravagantes, ora las protestas y las iras contra los tiranos, ora los refinamientos de un período elegante y complicado. Pero que porque en Palestina ó en Nueva York ó en París tales obras aparezcan como peregrinas y asombrosas, deban parecerlo también en Guadalajara ó en México las de sus imitadores, se me figura despropósito digno de severo correctivo.

Para mí no hay escuelas buenas ni escuelas malas; hay escuelas que se adaptan ó nó á la raza en que prosperan, al medio en que se desarrollan y al momento en que aparecen. Las primeras son las legítimas, las artísticas, las duraderas; las otras son las falsas, las ficticias, las de símilor.

Expone usted en seguida con lujo de conceptos en qué consiste el simbolismo.

Deben ser tales mi ignorancia, mal gusto y rustiqueza, que encuentre más

3

pro-

propias de la ciencia que del arte esas relaciones arcanas y desconocidas que halla usted entre colores, sonidos y aromas, que á la postre nos conducen á la unidad de las fuerzas físicas proclamada por el padre Seichí y los modernos hombres de ciencia; pero suponiendo que el fin último de la literatura fuera, como vd. dice, buscar símbolos y relaciones, tal cosa no probaría que la nuestra debía seguir fatalmente ese camino.

Sabido es que en los organismos colectivos como en los individuales, las facultades y los órganos se desarrollan unos á expensas de otros—ejemplo los kanguros y los murciélagos en lo físico, la potencia crítica y la creadora en la moral.

Unos pueblos poseen imaginación lozana, otros profundidad de intelecto y otros tendencia al símbolo. La sociedad en que nació el "Ramayana," no podía haber dado vida á la "Iliada;" el pueblo en que se escribió el "Hamlet" tenía que diferir radicalmente del en que la "Estrella de Sevilla" ó "El mayor monstruo, los celos," dieron fama á sus autores.

Pocas naciones menos á propósito que la nuestra para plantear las nuevas tendencias; pero si acaso existen uno ó muchos literatos que se consideren capaces de desentrañar las relaciones ocultas de las cosas y penetrar en su esencia, miel sobre hojuelas, con tal que guarden los tales su caracter y su individualidad, sin ir á fundir-

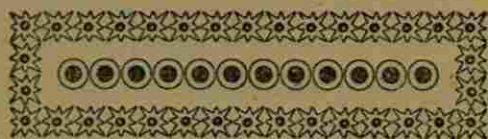
dirse en cualquier escuela de las que brotan mensualmente y por riguroso turno en Francia, para desaparecer en seguida.

Tal pasa con el propio simbolismo tan ponderado por usted. La publicación del "Peregrino apasionado" en Diciembre de 91 suscitó entusiasmos tales, que recordaron los días épicos de la "première" del "Hernani;" hoy esa misma escuela es desconocida aún por su propio padre, el exquisito Juan Moreas, que en documento solemne ha declarado que el simbolismo, que "no tuvo más interés que el de un fenómeno de transición, se halla bien muerto.... Necesitamos—dice el jefe de los romano-franceses—una poesía franca, vigorosa y nueva que recuerde la pureza y dignidad de su origen."

De usted amigo y admirador afmo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE B



Guadalajara, febrero 1.º de 1898.—
Sr. Diputado Don Jesús E. Valenzuela,
México.

Muy señor mío de mi distinguida
consideración:

LA carta que á propósito de la
cuestión del modernismo en Mé-
xico se sirvió usted dirigir al se-
ñor Don José Juan Tablada, me
ha producido positivo y sincero regocijo.

Cuando una persona del valer de us-
ted, de su importancia y de sus luces se
decide á manifestar su parecer en un asun-
to como el que se debate, es de seguro á
causa de que lejos de reputar el tópico á
discusión, baladí ó de poca monta, lo juz-
ga, al contrario, digno de llamar la aten-
ción y de preocupar á la inteligencia de
un país y un tiempo determinados. Esto
bastaría á absolverme, fueran cuales fue-
sen mis errores, de haber iniciado la dis-
puta pendiente; pero hay además otra ra-
zón que me induce á alegrarme de la par-
ticipación de usted en esta amistosa con-
tienda: usted, lejos de motejarme del ruin,
del necio, del asno y del mentecato como
ha hecho alguno que en vez de saluda-
bles

bles enseñanzas ha expendido insulsas bufonías é infames vituperios, ha dado á conocer que se puede abominar de una teoría y ser bien criado y amable con los que la profesan.

Usted, á fuer de gracioso y bien entendido que es, poseyendo como posee grande elocuencia, y lo que es mejor, caudal muy sano de buenos estudios, se da á probar, fiado en su ingenio, una tesis verdaderamente peregrina y extraordinaria: que los llamados modernistas mexicanos descienden directamente, por el espíritu, de la evolución positivista que Barreda implantó con tan rara clarividencia y con talento tan grande llevó á cabo.

Dice usted á la letra:

"Pero había en la misma escuela otra fuente, que si bien encaminada al estudio de las ciencias y de la filosofía positiva, iba, sin sentirlo, á desarraigar supersticiones ó creencias; determinando en las almas jóvenes un estado de conciencia poética con la revelación de los fenómenos naturales y las generalizaciones de maestros como Comte, Stuart Mill y Bain, viniendo á dar franca salida á las divagaciones imaginativas, Herbert Spencer con su célebre postulado universal. Desde el momento en que cabe reconciliación en el conflicto entre la Ciencia y la Religión, cada quien sin escrúpulos hace su religión propia, y las cabezas jóvenes confunden muy fácilmente la religión positiva con el

sen-

sentimiento religioso, y como la Religión y su madre la muerte, han sido y seguirán siendo causa y origen muy principales de la poesía lírica, se revolvía en aquellas aulas preparatorias algo que no llegó á tomar forma, es cierto, pero que sin duda existía en estado de nebulosa. La difusión de las ideas positivistas hecha más tarde por los discípulos de Barreda, la lectura de materialistas, pesimistas (Büchner, Schopenhauer) y otros desconsoladores, y la de los poetas franceses Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, en una atmósfera saturada no solo por la duda y el desencanto, sino por el desprestigio de nuestras inocentes creencias seculares entre el pueblo mismo, fijaron definitivamente la dirección de la poética; y en el año de 90, Balbino Dávalos y tú, rompieron por la senda en que cree van perdidos el Sr. Salado Alvarez."

¡Cómo ¿acaso descienden de Barreda esos "blagueurs" que á semejanza del nunca bien ponderado Des Esseintes que describió Joris Karl Huysmans en "Aurebours," queriendo ser raros y excéntricos se hacen cursis y rebuscados—algo entre Mr. Cardinal y el grande hombre Delobelle?

No, esos que serían capaces de hacer cantar á daífas ventrílocuas los diálogos de "La Tentación de San Antonio", de encomendarse devotamente á Edgardo Poe, como dicen lo hacía Baudelaire, de for-

formar sinfonías de sabores y de perfumes, de poseer viveros con peces artificiales, de idear celdas de cartujo "pour-rire" y de dar cenas negras con manteles negros en aposentos colgados de negro con manjares y vinos negros; (algo semejante al negro caballero de Góngora)—esos no tienen ni pueden tener prosapia tan ilustre, no pueden venir de pensador tan insigne.

La evolución positivista ha tenido y tiene representantes en el terreno literario, ya que siendo un método para investigar y no un canon para creer, se adapta á maravilla á todo cuanto signifique desarrollo del humano espíritu; pero esos representantes se llaman en sociología, Justo Sierra, Porfirio Parra y Manuel Flores; en poesía, Luis G. Urbina y en novela, Angel de Campo. Si los jóvenes que traen la mala nueva modernista fueran los renuevos del árbol que Don Gabino cultivó con tanto esmero, tendríamos que confesar que la destrucción de la obra del Maestro había sobrevenido más violentamente que la del imperio de Clodoveo, quien después de haber esgrimido la framea victoriosa, dejó descendientes lánguidos y afebinados que no recordaban su noble origen sino por los luengos cabellos y la florida barba.

La poesía,—quién lo duda—posee nuevos ideales, busca algo desconocido, pero no de acuerdo con la ciencia, sino desesperada de la ciencia misma. Pasaron

ya

ya los tiempos en que se cantaba al descubrimiento de la imprenta y á la introducción de la vacuna en América, y está de moda renegar del humano progreso y de su influencia. ¿Cómo, pues, atribuir á la evolución científica esta algarada anticientífica?

Y no salga usted con el registro de que aquí reinan también, como en Europa, esa desconfianza en lo antiguo, esa falta de fé en la democracia, en la institución republicana y en la obra de la civilización, y que los modernistas son farautes y apóstoles de ese estado de ánimo, porque se lo negaré rotundamente y conmigo el mundo todo.

Si por algo nos hemos distinguido siempre los mexicanos, es por un panglosismo exagerado y á prueba de fracasos.

No me juzgue vd. tan ignorante y mal mirado que llegara hasta querer que nuestros jóvenes aedas prescindieran de conocer é imitar á los extranjeros, pues daría muestras de no acatar la "ley de las dependencias mutuas" si acaso cometiera tal despropósito. Francia, eso es sabido, á partir de la época de Luis XIV, es la gran maestra de la cultura, de manera que no solamente nuestras cafrerías democráticas, que diría Bulnes, sino aun los más eminentes imperios del mundo, han recibido de ella luces y civilización, vida é ideas. Pero de esto á suponer que debemos aceptar sin examen todo lo francés

4

só-

sólo por serlo y sin procurar asimilárnoslo, digerirlo, hacerlo propio, se me figura que hay una distancia inmensa.

Nadie más afrancesado que los doceañistas españoles, y sin embargo, nadie ha llamado ni llamará plagarios á Quintana, á Martínez de la Rosa, á Gallego ó á Lista, porque antes que neoclásicos, que enciclopedistas ó que reformadores, eran de su país y de su tiempo.

El Duque de Rivas, romántico rabioso, entra á saco por el campo de la literatura francesa y aquí corta, allá espiga, acullá recoge, forma su propio bagaje, en que hay mucho ajeno, pero mucho, muchísimo propio.

Y no solamente busca Don Angel de Saavedra en la heredad francesa, sino que, sin respetar linderos, ni alhedanos, ocurre á los españoles mismos, como al infante Don Juan Manuel y al Romancero, á los alemanes, como Goethe, y hasta á los americanos, como Longfellow.

"Don Alvaro", su obra más hermosa y más artística, la en que se funde y sintetiza la grandeza del romanticismo español, está tomada de una leyenda de Mérimée, "Les ames du Purgatoire"; y sin embargo, aparte del pensamiento, que pudo haber sido concebido en cualquier lugar del mundo, la ejecución es genuina y netamente española. Las escenas de la venta de Hornachuelos y los recuerdos de la conquista de América, el diálogo y la

ver-

versificación, los caracteres y el desenlace son de España, y más que de España, de Andalucía.

Si se hubiera limitado á copiar á Victor Hugo ó á Delavigne ó á Nodier, no sería el duque quien es, ni ocuparía el lugar que en la historia del arte ocupa, sino que se le recordaría apenas como un rapsodista de talento.

¿Quién más afecto que los alemanes del tiempo de la Enciclopedia á seguir el gusto y la moda franceses? Federico el Grande, el primer guerrero y estadista de su tiempo, rendía parias á Voltaire y lo miraba como un Dios, escribía alejandrinos franceses y consideraba lo que de la Galia procedía como el acabose del primor y del gusto. E imitando á la majestad prusiana, sus súbditos que alardeaban de vena poética elaboraban poemitas rígidos como los cadáveres de Fontenoy, tirados á cordel como las alamedas de Versalles, ajenos de invención y menguados de estilo como las producciones del enemigo de María Teresa.

Pero ¡oh, designios inexcrutables de la historia! el mismo rey que consideraba como la mayor de las dichas el granjearse las buenas gracias de Diderot ó de D'Alambert, emancipaba á su pueblo de la férula de los Boileau y los Racine ganando aquella batalla de Rossbach, que en opinión del ilustre y sensato Macaulay fué el grito de alarma para todos los pueblos

blos que hablaban la lengua de Arminio; y fundaba la obra de la cultura castiza alemana, á que había de dar forma después el gran Lessing.

Y otro tanto pasó en Rusia y en Italia y en todas partes; pero siempre la corriente llegó á encausarse, y adquirió carta de naturaleza el procedimiento, y el criterio artístico se depuró.

¿Por qué, pues, aquí no ha de suceder cosa igual, y por qué conservándose los poetas admiradores y discípulos de los maestros franceses, no han de lograr ser mexicanos; ó lo que es mejor, literatos que miren la vida y el alma, la naturaleza y la historia, á través de su propia individualidad, de su temperamento propio?

Cita usted á Fray Luis de León en su carta. En efecto, adoro al gran agustino, autor de los "Nombres de Cristo;" pero Fray Luis no era un servil imitador ni mucho menos un plagiarío. Su "Vida del campo" no es una traducción ni una paráfrasis del "Beatus ille", sino la obra de un fraile español del siglo XVI que "por su mano plantado tenía un huerto" en la orilla del Tormes salmantino.

El gran poeta realizó, y es tipo de ello, lo que Víctor Hugo significó con frase gráfica: "en literatura el robo solamente es disculpable cuando va acompañado del asesinato", es decir, sólo cuando el plagio opaca y hace olvidar el original.

Si acaso hay alguno que viviendo en

es-

este medio incipiente de cultura se sienta "espíritu francés extraviado en cuerpo mexicano" su alma en su palma, con su pan se lo coma y allá se lo haya; pero que no pretenda hablar en nombre de

las nuevas generaciones
abrevadas por tedios y decepciones

ni se figure que tras de él

.... La tropa avanza
abrumada por duelos y nostalgias.

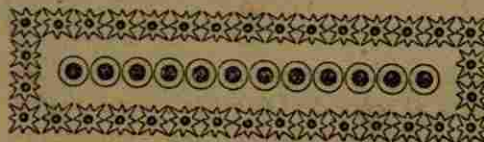
No, aquí la inmensa mayoría de los que podían sufrir tales horrores es gente bien hallada con la vida normal y ordinaria, y lejos de encontrarse hastiada de civilización y ahíta de adelanto, quiere que le den una y otro á manos llenas. Si acaso (lo que no es creíble) alguno de los señores que de tan empecatada manera escriben, tiene en la cabeza todas esas diabluras, será un monstruo, una "rara avis in terra, nigroque simillima cigno" y su caso semejante al de aquel sujeto de quien Pablo Bourget cuenta en la "Fisiología del amor moderno," que habiéndolo interrogado por su salud y sus andanzas, contestó que había tenido su erupcióncilla "como todo el mundo" viniéndose á saber después que la tal erupción era semejante á la que hizo sudar tanto al alférez Campuzano y amputó las narices al maestro de Cándido y Cunegunda.

Yo no negaré que la obra decadentista en México traiga el resultado de en-

enriquecer ó mejorar el diccionario; en mi carta al señor de Olaguibel sostengo tal cosa y creo sinceramente que algo prevalecerá de la escuela nueva, pues en arte no hay nada absolutamente estéril y vano. Pero estos imitadores serviles, á cambio de haber inventado cuatro frascitas y adaptado alguna combinacioncilla nueva á la índole del idioma, tendrán sobre sí el cargo formidable de haber condenado la literatura nacional, que ya vestía la toga pretexto, á permanecer envuelta en pañales por luengos años.

En cuanto al capítulo de moral, suscribo sin reservas cuanto usted afirma. El fin primero del arte es la belleza y todos los demás deben estar y le están subordinados, pero ni en México han proclamado tal verdad los modernistas, ni aunque la hubieran proclamado valdría la pena de hacer hincapié en ella, pues nadie los tacha de inmorales, sino de extravagantes y faltos de seso.

Creame usted su afectísimo amigo y servidor.



Guadalajara, Febrero 10 de 1898.—
Sr. D. Amado Nervo.

México.

Amigo muy querido:



La actitud en la polémica que provoqué, con más confianza en la buena causa que defendía que en mis flacas fuerzas, no debe maravillar á usted: creo hallarme en posesión de la verdad, juzgo á la escuela nueva apartada de ella totalmente, y por tales causas estoy pronto á reñir formal batalla contra quién, como usted, venga en son de guerra.

Pero á pesar de que, como del profeta, puede decirse de mí aquello de "manus ejus contra omnes, manus omnium contra ejus," solo disputaré contra quien esgrima armas leales y de la medida legal; nunca contra quien blanda garrote traicionero ó plebeya faca.

Usted, que con tanto donaire y gentileza se bate, tiene ganadas todas mis simpatías y es acreedor á todo mi reconocimiento; como que ha comprendido que en estas esferas de suyo serenas y plácidas,
el

el insulto personal y la diatriba descomedida no deben de ningún modo figurar como argumentos. Porque si así obramos al tratar de cosas de arte, ¿qué dejaremos para los periódicos que á semejanza de aquel personaje de Figaro procuran comprobar sus asertos con lo de la verruga, el robo y la moza?

La carta de usted, por galanía y exquisita, es digna de su pluma; pero no es igualmente digna de ella la argumentación empleada. El literato y el artista encantan; el pensador queda muy por abajo de ellos.

×

No he confundido, como usted se figura, las dos palabras decadentismo y modernismo; aunque usted y los suyos se empeñen en cantar el "de profundis" al decadentismo, éste existe virtualmente, como arte exquisito, quintesenciado, ultralegante y lleno de refinamientos, y comprende mejor á los matices literarios que brotan de la capital francesa, que la vaga palabra modernismo, que al fin, como todo, acabará por envejecer y resultar inaplicable á la convulsión presente. "Le nom ne fait pas á la chose", y estando usted y yo conformes en el alcance del fenómeno, nada importa que discrepemos sobre las palabras con que se ha de significar.

Y

Y la verdad es que creo más honorífico para ustedes proclamarse descendientes de Pablo Verlaine en su manera mejor, de Tailhade, Rainaud, Lorrain, Villiers de l'Isle Adam, Tristán Corbière, Stephane Mallarmé y sobre todo de Baudelaire el grande, que de la menguada grey que llamándose simbolistas, romano-franceses, instrumentistas, magníficos, veristas, psicólogos, barresistas, independientes, místicos, ibsenianos, diabolistas isianos, peladanistas, moeterlinckistas, wagnerianos, neo-griegos, prerrafaelistas y de otras mil maneras, está destinada á desaparecer como desaparecieron los Hidrópatas, los Hirustos y la Bosse, cenáculos en su tiempo famosos y de los cuales hoy no se acuerda sino algún curioso.

Y á propósito, amigo mío, dígame por su vida, ¿qué escuelas de esas flaman-tes están aquí representadas? Porque si acaso las que he mencionado y algunas otras que me callo, tienen diputados aquí, apuradillos se han de ver ustedes, que, según declaración propia, son menos que los piratas de Otranto cuando se hallaban reducidos á su expresión más simple, para desempeñar los muchos mandatos que deben acumularse en cada cabeza.

×

Siento prisa de llegar á la cuestión del simbolismo, que tanto preocupa á usted,

5

ted, y es porque creo que al fin y á la postre llegaremos á ponernos de acuerdo y á estar conformes en algo.

La obra artística por excelencia es, en opinión de usted, la que encierra un pensamiento hondo y oculto, de verdadera trascendencia é importancia. Pues esto, amigo mío, es lo que he venido proclamando desde mi primera carta al señor de Olaguibel, donde dije á la letra, y permítame usted que me cite, "la obra que quiera perpetuarse, ó debe reflejar la manera de ser de los contemporáneos, sus ansias, sus temores, sus esperanzas, sus dudas, ó reflejar la índole de la humanidad entera con sus sentimientos, sus ensueños y sus ideales. Esto sólo es dado al genio que sintetiza, lo primero puede alcanzarlo el talento que reproduce."

Claro que el producto artístico, al hacerse más universal, más comprensivo, más humano, adquiere desusados quilates de perfección, y de particular que era de un pueblo, conviértese por arte divino en patrimonio de la especie toda; pero ese pensamiento el autor no se lo propone, no forma parte de su plan; sino que brota espontáneamente de él, es el "spiritus intus" de su obra, su condensación y su cifra.

Cita usted en su hermosísima carta al Quijote, y créame que la mención de esa epopeya de la humanidad viene de perilla para mi propósito. ¿Qué quiso pin-

pintar Cervantes en ese libro admirable? Consulte usted á Benjumea ó á Revilla ó á Castro ó á Rodríguez Pinilla ó á Valera, y uno le dirá que la lucha entre lo ideal y lo real, otro que la pugna entre el alma y el cuerpo, éste que una sátira contra la monarquía, ese que una censura contra Carlos V y sus empresas, aquel que una burla de la inquisición y el catolicismo y el de más allá que una venganza contra sus enemigos personales, y sin embargo, ahora que esas sutilezas se tratan y antes que nadie pensaba en ellas, el Quijote que, según Cervantes declaró constante y repetidamente, no es sino una invectiva contra la caballería, es y era visto como el libro más portentoso que en lenguaje humano se ha escrito. Su simbolismo sale de su tono general, de su amarga filosofía, de cuanto lo forma y constituye, no de lo que Cervantes se propuso, que está bien claro y no deja lugar á dudas.

Usted llama al "Cuervo" de Poe una obra maestra ("simbólica" por consecuencia) y yo suscribo su parecer, pero "El Cuervo" no fué escrito para admirar al mundo por trascendental y tendencioso, sino al contrario, como muestra del procedimiento más lógico y más pedestre que imaginarse pueda. Recuerde usted, si duda de mi palabra, aquella historia tan sugestiva, como dicen ahora, que el pobre Eddy escribió con el nombre de "Génesis de un poema," y en que aparece que le-

lejos de haberse propuesto opacar á Dante y á Isaías, solo tuvo la intención que hasta los más burgueses nos proponemos: escribir lo mejor posible para que nuestras obrillas alcancen la perfección que se halla en nuestra mano.

Cosa distinta acontece cuando el escritor deliberadamente envuelve su pensamiento en alegorías, lo oculta tras de símiles, lo disfraza con lenguaje apropiado; sin que por esto pueda decirse que la tesis sea siempre trascendental ni la obra duradera.—Así los apologistas, los autores de cuentos populares en el Oriente, los grandes poetas indios y los profetas hebreos han tenido tendencia innata al símbolo y él ha constituido la base de su literatura.

Si usted cree que el símbolo existe siempre que existe un pensamiento alto y capaz de influir en los destinos humanos, la tendencia al símbolo no es, en efecto, característica de pueblo ninguno; pero si símbolo se llama lo que creo debe considerarse con tal nombre, sólo de ciertos grupos humanos es propio.

Imposible seguir á usted en su brillante enumeración; pero si procuraré contestarle respecto de algunos cuantos nombres en que usted hace mayor hincapié.

Desde luego sostengo á usted que el hecho de que alguno ó algunos autores se separen de la regla general, no quiere decir que ésta sea falsa ó capaz de destruirse.

Así,

Así, pues, sin que la ley de adaptación al medio deje de prevalecer, Poe ó Goethe ó d'Annunzio pudieron escribir todas ó algunas de sus obras apartándose por sutil manera del ambiente que les rodeaba.

Pero es tal mi fe en la certeza del axioma que preside la vida y la historia, que encuentro que aun esos mismos rebeldes á su medio recibieron de él vida é influencia.

Poe, "el caso literario absoluto," las sufrió como cualquiera otro. Hijo de un alcohólico reconocido y de una cómica tísica, lleno de lujo y de mimos en su infancia, exento de dirección en su juventud y abrumado de decepciones y pobreza sin cuento en su edad madura, tuvo que ser fatalmente lo que fué: un dipsómano que transportaba al papel sus desarrregladas imaginaciones, un exquisito que buscaba sensaciones raras, y un espíritu dolorido que á manera del otro poeta su coetáneo, pudo decir que las tristezas eran su goce y las penas su dulzura.—Pero ni aun del medio literario se sustrajo el gran autor de Ligeia, porque fué imitador de Hoffman, de quien alguna vez, según afirman sus biógrafos, dió como suyas historias traducidas, de Coleridge, cuya era la "Balada del viejo marino" que Poe admiraba sin medida, y de Byron á quien imitaba hasta en su persona y en sus actitudes.

D'Annunzio, según lo ha declarado públicamente, es el reivindicador del espíritu-

ritu de la antigua Italia. Lea usted si no "Las Vírgenes de las rocas" y verá cómo cada uno de los grandilocuentes capítulos está inspirado en textos de Leonardo de Vinci. Lea sobre todo aquellas admirables tiradas del príncipe Luzio, y verá si pudo haberlas escrito alguien que no fuera un italiano de corazón y de sangre.

¿Y el Fausto, pregunta usted? Pues el Fausto es producto neto del país alemán. Como usted sabe, antes que Goethe habían escrito la misma leyenda muchos autores—Marlowe entre ellos, si mi memoria no me es infiel—los principales episodios de la historia estaban pintados en tabernas y posadas; y lo que es más convincente, todos los críticos convienen en que el Doctor alquimista, desesperado y escéptico, la poética Gretchen y el diablo burlón, familiar y buen chico, son alemanes y exclusivamente alemanes.

×

Claro que los modernistas no son poetas autóctonos ni aborígenes; pero cursería por cursería y afectación por afectación, prefiero la de los que cantan el zempoaxochitl y asaltan la tribuna patriótica á la de los que vienen entreteniéndose hace diez años con las penas de Manón, los placeres del barrio latino, los horrores del "Chat noir," los neurosismos y las picardías de las poseídas y todo lo demás que

us-

usted hallará en los campeones de la escuela nueva ó en los que tras sus huéllas van.

Pero ante ese desdén con que los reformadores miran á la gente y las cosas del país, se me ocurre aquello que la duquesa decía á Sancho Panza: "pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce y con todo eso le sirve y le sigue y va atendido á las vanas promesas suyas, sin duda debe ser él más tonto y más loco que su amo."

O lo que lo es mismo: si los literatos modernistas buscan el aplauso de la gente para ellos y el éxito para sus obras, y sin embargo, miran con desdén el medio en que viven y las cosas que les son familiares, deben ser más faltos de seso que el público á quien se dirigen, el cual, no conociendo el alcance y primor de lo que se le da, se halla disculpado con su ignorancia; pero no así los tales escritores, que estando al cabo de la verdad se empeñan en hacer gozar de las combinaciones de una cocina sabia á paladares acostumbrados á comidas villanescas y potajes populares.

Afirma usted, amigo mío, que los modernistas mexicanos no han tomado de los franceses sino lo meramente material, el procedimiento; y ó yo no veo á través de tela de cedazo ó tal cosa ésta mucho de ser verdad.

El

El modernismo, en sus infinitas ramificaciones y matices, no es una retórica como el romanticismo, que conservando el fondo del ideal artístico antiguo vino á substituir el agora ó el foro por el torreón feudal ó la selva druidica, á Mavorte, á Belona y á Jove por Odín y el Gran Espíritu; tampoco es un método de investigación como el realismo, que teniendo por objeto la reproducción de la verdad á través de un temperamento, admite lo mismo las delicadezas de Dickens que las brutalidades de Zola, las tristezas de las tremendas "Hermanas Vatarde" que las ternuras idílicas de la familia Joyeuse; tampoco, en fin, es como el parnasianismo, arte frío y aristocrático que se emplea en fabricar "copas de rica y admirable hechura llenas de líquido insípido;" no, el modernismo, aparte del procedimiento que quizás cupiera en nuestros hábitos y manera de ser si se le adaptara á ellos hábilmente, tiene un fondo psíquico de amargura, de desencanto, de hastío, de la vida que no cuadran con el estado actual de los espíritus.

En Europa, las comodidades domésticas y urbanas, la baratura y la abundancia de los goces, el choque y contradicción de las teorías, el número inaudito de libros, de ferrocarriles y de líneas telegráficas, el fastidio de todo lo que se ha probado y el afán de catar algo nuevo han traído el "surmenage," la dege-

neración, el neurosisismo, los innumerables matices de histeria y la multitud de formas de locura, entre las cuales merecen especial mención las literarias y musicales. Aquí, donde nadie llega naturalmente á esos estados mórbidos, en que todo es primitivo, tradicional, inconsciente, no hay razón para figurarse que la civilización nos tenga hartos y "surmenés."

Hay, pues, en el modernismo, algo más que procedimiento, y ese algo es el que creo no puede ser falsificado ni arreglado á la escena nuestra.

X

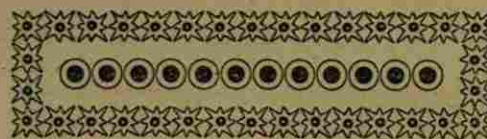
Mucho me he extendido en esta respuesta y por tal causa no puedo darle á conocer ahora algunas opiniones que abonan mi parecer de entre lo más granadito de Europa y América; pero vale Dios que usted cree como yo que "Monsieur tout le monde" tiene más talento que el mismo Mr. de Voltaire y que de nada sirve "jurare in verba magistrí" cuando se tiene razón cumplida en cuanto se asegura.

A reserva, pues, de esgrimir algunas de esas armas, entre las que hay desde pesados montantes que rompen los huesos hasta puñalitos damasquinos que sutilmente taladran las entrañas, me repito su amigo que de veras lo quiere.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE B



“MISTICAS”

Guadalajara, 31 de marzo de 1898.
—Sr. D. Amado Nervo.

México.

Mi querido poeta:

GRACIAS por su precioso libro, dechado de primor y de talento, alarde de devoción artística acendrada, muestra de lo mucho que usted puede y vale.—Gracias por los instantes dichosos que me ha proporcionado dándome ocasión de releer sus versos admirables, hechos de leche y miel, olorosos á rosas que han perfumado el ara y á cirios que han agitado su lengua de fuego en alabanza del Sacramento.

Posee usted casi todas las cualidades [®] que constituyen al poeta místico: imaginación lozana, gusto por los símbolos, las alegorías y las abstracciones, amor á lo maravilloso y corazón tierno y amante. Solo le falta aquel fuego interior en que se consumieron Juan de la Cruz; Teresa Ce-

Cepeda, Ignacio de Loyola, Schlermaicher, y ambos Luises, de León y Granada: la fe, la fe que traspasa las montañas, que enciende las almas, que inspira las grandes acciones y los heroicos hechos.

Como Demetrio Aurispa, aquel "hombre suave y meditabundo á quien comunicaba singular expresión el mechón de cabellos blancos entre los cabellos negros de la frente," que atraviesa lleno de viril melancolía las páginas del libro más hermoso de D'Annunzio, ama usted los emblemas religiosos, la música sagrada, el olor del incienso, los crucifijos, los himnos de la iglesia latina: es místico, asceta, contemplador apasionado de la vida interna; pero no cree en Dios.

Se arrodilla usted al pie de un altar desierto, ora en una catedral vacía, se consume en un amor que no tiene objeto, porque como los hijos de Israel, gime y se lamenta sobre la túnica ensangrentada de José, sabiendo que José se halla en poder de mercaderes ismaelitas.

Dos fuerzas distintas mueven y compelen á usted: de un lado la necesidad de buscar un refugio en el seno de algo superior, de poner alma lacerada y cuerpo débil en manos del Médico Divino; del otro proclamar á manera de Nietzsche que debemos quedar fieles á la tierra, sin abrigar esperanzas supra-terrestres, ya que Dios ha muerto asesinado por nuestra mano.

Cla-

Claro que esta novísima concepción difiere radicalmente de la que tuvo la verdadera poesía mística: allá se buscaba una misericordia infinita, una bondad suprema que perdonaba lo que el pecador no había podido perdonarse á sí mismo. El hombre se sumerge en aquel manantial de luz, de amor y de paz, buscando camino, verdad y vida, pidiendo albergue á Cristo Jesús porque sentía la cabeza empapada de rocío y las guedejas de los cabellos llenas de gotas de la noche.

Nadie se sentía entonces llevado

... entre los brazos de Ahrimanes

A las fauces hambrientas del Enigma,
todos anhelaban, lo mismo justos que culpados, ir á él

Alma región luciente,

Prado de bienandanza que ni al hielo

Ni con el rayo ardiente

Fallece, fértil suelo

Productor eterno de consuelo.

Pero aun esa aparente contradicción, que, como el sabio dice, es muestra clara de que el mundo se acerca á su fin ya que halla en la muerte la vida, me parece honda y sublimemente bella. El creyente, asombrado de su pequeñez, se refugia en el seno de Dios; el ateo místico, conociendo esa misma pequeñez, niega y execra á la Divinidad; pero ambos coinciden en lo absoluto de su pensamiento. Saratouhtra que afirma su ascendencia simica, que no cree sino en la tierra, sobre la cual, sin embargo, quiere elevarse

y

y que se proclama Dios á sí mismo, tiene parentesco muy inmediato con Juan de la Cruz, de quien "no consentía otra cosa el alma que la soledad en Dios," "porque Dios está en el alma escondido" y "el alma siente los vibramientos gloriosos de la llama del divino amor,"

Pero legítimo como considero su misticismo, ya afirme, ya niegue, lo rechazo declarando que no es de ley cuando usted se pone á dudar pidiendo fe al cielo y diciendo al siglo en hermosísimo, pero falso concepto:

Tengo sed de saber y no me enseñas;
tengo sed de avanzar y no me ayudas;
tengo sed de creer y me despeñas
en el mar de teorías en que sueñas
hallar las soluciones de tus dudas!

No, el místico, ya sea á derechas ó "á rebours," es de una pieza. Como el ginece de Alderto Durero, camina impasible por la selva en que lo espían el Diablo y la Muerte; cree ó no cree; se llama Leopardi ó se llama Juan de Avila, nunca Nuñez de Arce, de quien procede esa poesía que ya maldice á la ciencia llena de odio ultramontano, ya la canta con diti-rambos quintanescos.

Pero no es este aspecto el único por el que usted se acerca á las escuelas olvidadas: la antigua savia circula aún por las venas de su poesía y quizás cuando cree usted ser modernista hasta la médula de los huesos, es apenas un prófugo de la "grand boutique romantique." "Gótica

y

y Esquivá" encierran aquella regresión de ideal que formó parte del programa de los innovadores de 1830; "Transmigración" pertenece al género que el viejo Theo puso de moda y de que hay ejemplares infinitos.

Bien sé que así como antes estuvo en honor el convencionalismo bucólico, hoy priva el convencionalismo místico; pero aun teniéndolo en cuenta, no todos los versos de usted pueden clasificarse en tal categoría. A persona tan extremada en letras como usted no se oculta que las muchas poesías meramente devotas, descriptivas y amorosas que publica, no son ni pueden ser místicas. Entre quien dentro del cercado castillo de que hablaba la santa de Avila declara que "con cuánta razón entraría el alma en sí misma á que le diese este Santo Hijo á entender qué cosa es el lugar donde dice que está su Padre, que es en los cielos" y quien tiende á buscar espasmos nuevos, voluptuosidades desconocidas, sensaciones extrañas, hay una diferencia inmensa.

Místicos son, sin embargo, los sonetos "En camino" y "Última verba," el himno en latín de la decadencia y hasta el sádico "Delicta carnis," todos bellísimos, todos elegantes y todos llenos de unción ó de algo que á ella se parece.

×

Lle-

Llegamos á la cuestión de los medios, en la cual, como de costumbre, discrepo de la opinión de usted. Claro que el poeta místico no puede proceder de otros porque viene á ser á manera de flor rara, de planta exótica que aparece sin enlace con otras que le han precedido y muere sin dejar sucesión; pero si el poeta místico no está criado á los pechos de otros poetas místicos, si es hijo de los pensadores de su tiempo — filósofos, teólogos, historiadores — que han tal vez inventado todo un sistema para explicar las relaciones entre Dios y el hombre, ó tal vez han esparcido una serie de verdades que el poeta reúne en haz compacto viniendo á ser un verdadero "vate." "Est deus in nobis"

Y aquí donde no existen sino el deísmo vago y acomodaticio de los intelectuales que roncan á pierna suelta en la "douce oreiller de la doute," ó el fanatismo feroz é irracional de la masa del pueblo, y donde nos hallamos igualmente distantes de la fe de las edades pasadas y de las complicaciones del alma contemporánea, miramos el misticismo como algo enteramente artificial y falto de espontaneidad que ni siquiera comprendemos ni sabemos apreciar. Ya Augusto Comte lo había dicho: la relatividad del conocimiento es la base del conocimiento mismo; en un país de ciegos no existiría la Astronomía.

Pero ya que usted ha echado por el
ata-

atajo del neomisticismo ¿por que no emplea como materia prima á los poetas místicos — sobre todo á los más grandes, los españoles?

Usted que por su temperamento, por su educación y por sus inclinaciones se halla mejor que nadie en aptitud de amar y apreciar esos primores, debe estudiarlos seguro de que se asimilará y convertirá en substancia propia mucho de lo que contienen.

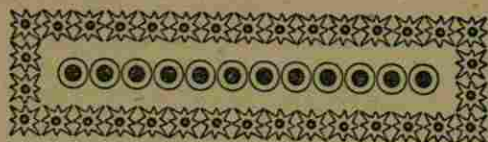
Ya Gutiérrez Nájera había indicado que cuantos escribían en el país necesitaban confesarse con Fray Luis de Granada; ¿por qué usted no se postra ante él y sus insignes compañeros para disipar esa "Noche oscura del alma" que dice lo envuelve?

Su amigo que mucho lo quiere,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



"LA PARCELA"

SALUDAMOS hoy á una verdadera obra de arte, á una obra que no denuncia los tanteos del principiante, ni las angustias de quien trabaja "pane lucrando," ni las priesas de quien tiene como aguijón de su pereza y estímulo de su entendimiento la mirada ávida del cajista.

"La Parcela," así se llama el nuevo libro del Sr. Lic. D. José López-Portillo y Rojas, es una novela rural y casi me atrevería á decir que es la novela rural nuestra. Los sucesos que en ella se desarrollan, el plan que la informa, el corte, la dicción, el pensamiento, todo es mexicano, nutrido de observación, palpitante de verdad, lleno de gracia y de frescura.

Los que vivimos en las ciudades y que de cerca ó de lejos imitamos vida y costumbres de la capital del país, que á su vez copia las de los grandes centros europeos, miramos con mal disimulado desdén á los habitantes de los campos, á quie-

quienes juzgamos rudos é ignorantes, llenos de absurdas preocupaciones y ajenos á las ideas y á los afectos que conmueven á nuestros cerebrales, que ven la vida más como representación que como realidad.

Y sin embargo, ¡cuán digna de estudio es esa raza que, antes que los criollos burgueses y contra los europeos vergonzantes, comprendió á Hidalgo; que siguió á Alvarez, á Comonfort y á Degollado é hizo la Reforma; que luchó al lado de Corona y Riva-Palacio y restauró la República, y que hoy, consagrada á explotar la vieja Demeter, levanta el país haciéndolo vivir vida pacífica y honrada!

¿Qué crez, qué piensa, cuáles son los íntimos resortes que mueven á esa muchedumbre que vemos pasar en desfiles y festejos cívicos como imponente coro de ignota tragedia, ocultando llena de pudor sus costumbres, juzgando con altanera compasión á los habitantes del poblado, taciturna, reservada, impenetrable como el secreto de los bosques misteriosos, de los desfiladeros á pico y de los torrentes traidores que cruza, atraviesa y vadea diariamente? Estudio es este que debe preocupar á quien de observador se precie ya que constituirá su conocimiento el conocimiento de las reconditeces etnográficas y el de los misterios hondos que rodean al ser nacional.

Y este es el momento preciso de "ir al pueblo," como decían los revolucionarios

rios rusos. Ya en nuestras campiñas, en que antes se oía sólo la melancólica barlona ó la intencionada "justicia," se escucha el canto del americano director de fábricas é instalador de maquinaria; ya la paz arcádica de las selvas nemorosas, de las llanuras fértiles, de los lagos tranquilos se perturba por el paso de la locomotora que en su penacho de humo arrastra á las divínidades campesinas y las sustituye por los dioses que presiden el trajín de la vida moderna: el trabajo y la competencia.

Claro que los que amamos á nuestro siglo y comprendemos que la historia vive de cambios y asimilaciones no deploramos la nueva faz de la existencia nacional; pero sí importa hacer constar qué era lo que había, y qué lo que lo ha llegado, para formarnos idea cabal de la evolución operada.

El Sr. López-Portillo ha comprendido tales cosas y aunando la pericia del psicólogo con la clarividencia del artista, ha estudiado las costumbres, el lenguaje, los hábitos, y la vida de la gente campesina nuestra; produciendo una obra que de seguro quedará entre lo poco del país que nuestro siglo transmitirá como herencia literaria al que va á sobrevenir.

Trátase en "La Parcela" de una de esas intrincadas cuestiones que por terrenos sostienen á la continua nuestros hacendados y en que peleándose, no por el hue-

huevo sino por el fuero, se promueven juicios, incidentes, recursos ordinarios y extraordinarios, chicanas y picardías de la peor laya y por último se llega á las manos resultando uno ó varios muertos y heridos sin que sea posible discernir quién era el usurpador y de la parte de quién estaba la justicia.

En el libro del Sr. López Portillo sí sabemos una y otra cosas seguramente; el poseedor de buena fé á quien abonaban instrumentos y documentos, planos levantados y declaraciones de testigos, lo era D. Pedro Ruiz, ranchero de humilde condición, de trato llano, de talento claro y de hidalgos y caritativos sentimientos.

El traidor del drama se dice D. Miguel Díaz, hombre más presumido que perverso, más ignorante que malintencionado y más débil y falto de cultura que artero ó desleal.

Dispútanse ambos colindantes un terrenillo áspero y boscoso llamado el monte de los Pericos.—“La Parcela”—y de las exigencias destempladas y faltas de razón de D. Miguel y de la resistencia moral, legal y material de D. Pedro brota la disputa, se anuda el conflicto y se desarrolla el enredo, que merced á la buena fe, desinterés y espíritu conciliador del dueño del Palmar—Ruiz—termina armónica y pacíficamente.

Al rededor de estos dos personajes aparecen otros secundarios que están res-

pi-

pirando vida y verdad: Ramona, Gonzalo, Camposorio, el mayordomo D. Simón Ocegüera, el cura, Luis Medina, Chole. Estebanito y sobre todo los dos rancheros Roque y Pánfilo, y los dos abogados: Jaramillo y Muñoz, son figuras que semejan retratos de personas vivas de tal manera que cuando con ellos se topa en la obra el lector no pueden menos de preguntarse á qué individuos reales corresponden, buscando la parte esotérica del libro como los cervantistas tratan ahora de averiguar quién fué D. Quijote, quién Sansón Carrasco ó quién Dulcinea.

“La Parcela” es obra naturalista cuyos elementos están tomados pura y solamente de la verdad; pero no es realista á la manera francesa, sino que se parece más bien á las obras inglesas, y de las obras inglesas á las de Dickens.

Esa serenidad de espíritu, esa longanimidad en los personajes, esa benevolencia al tratar de los malos, ese delicado gracejo al describir á los ridículos, son procedentes de la cepa del novelista de Portsmouth.

Existen cuadros que tienen el relieve de la realidad que podrían pintarse como si se hubieran visto y tocado. La pendencia de los dos rancheros, en que ambos peleantes hacen ostentación de la “cavallería rusticana” propia de nuestras gentes de campo: la aplicación de la ley fuga al desgraciado Roque; la diligencia de

apeo

apeo en el monte y la ruptura de la presa son buena muestra de ello.

Las descripciones son pocas, pero oportunas y excelentes; sólo aparecen cuando los objetos inanimados pueden ser, según la expresión de Zola, á manera de personajes que influyan sobre el asunto directa ó indirectamente.

Hay algo que en el nuevo libro me encanta; el amor que en él se respira. Pero al hablar de amor no me refiero á la intriga amorosa, base de la innúmera catarva de fábulas sino al calor de humanidad, al cariño por las personas y las cosas, á la fé en la vida, en el progreso, en el cumplimiento de todo lo grande y todo lo bueno que animan y compenetran al autor.

Claro que no hace éste ostentación de esa impersonalidad predicada como supremo don del novelista por Flaubert y los que siguen sus pasos de cerca. A menudo toma la palabra para censurar á los malos, alabar á los buenos, dolerse de los desgraciados y alentar á los irresolutos; pero para esto tiene en su abono ejemplos y jurisprudencia respetabilísimos: el ejemplo de Balzac (como quien nada dice) y la jurisprudencia de sus obras maestras, verbigratía Eugénia Graundet.

Bien sé que se hará un reparo á la obra del Sr. López Portillo diciéndose que no hay entre los suyos un personaje aborrecible porque aún á los malos los ha pin-

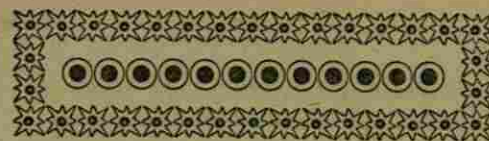
pintado buenos; pero ¿acaso la bondad será como las provincias, "materia no novelable?" ¿Acaso el primer precepto del arte no consiste en ver la vida á través de un temperamento? ¿O es acaso obligatorio en las obras de ficción, como en las causas ante la Santa Sede, la presencia de un "advocatus diaboli?" Si así pasara habría que declarar fuera de la ley artística al "père" Goriot, á Paulina Quenu, á la mujer de Maheu, á Jacinta Santa Cruz y á la mitad de los personajes de la novela moderna.

En suma, para mí "La Parcela" es una de las novelas mejores que en la República se han producido, pues compite —cómo que compite!— con "La Calandria," con "La Bola" y con "La Rumba". Si tiene defectos búsquelos quien no sepa lo que es hinchar un perro; yo me limito á enviar al autor mi felicitación calurosa y mi admiración honda y sincera.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TODOS saben la historia de aquel gigante que sentía placer especial en dañar á los poderosos y á los fuertes, que aquí vencía á un paladín, allá impedía el matrimonio del doncel valiente con la infantina hija del rey, que en esotra parte destruía la fuerza de algún bandido habitador de misterioso castillo empinado en lo alto de las rocas; y que á los niños que andaban por los caminos, á los huérfanos y á los desheredados los colmaba de presentes, los metamorfoseaba en seres dichosos y les daba ventura en lides.

Tal es para mí la imagen perfecta del incomparable autor de "Otoñal." Dotado de estro poderoso, de insaciable amor á la justicia, caballero rendido del ideal, cuenta también en su organismo con una fibra de que carecen por regla general los pensadores como él, de vuelos tan altos: el amor á los niños.

¿Quién dijera que el mismo que cinceló tantas estrofas que semejan á Goliat con el vestido de Zaqueo, porque les viene estrecho el molde de la forma; que relató en páginas admirables la historia de la

la humanidad resumiendo en frases brillantes como el oro y sonoras como el bronce la vida de los personajes á quienes pasa revista, era capaz de bajar hasta las inteligencias infantiles, de alumbrar, como el sol cuando desciende á la hondonada, todo cuanto halla á su paso con meridiana claridad!

Y sin embargo es así, pues el gran poeta, acaba de demostrarnos con su libro sobre historia patria, que ya conoce, hallándose apenas en los lindes de la edad madura, "L'art d'être grand père," la más bella y la más humana de todas las artes.

Comprende el librito en cosa de cincuenta páginas la historia de México desde sus primeros tiempos hasta 1808, referida con una exactitud tan grande, que verdaderamente pasma.

Nada de detalles inútiles, nada de dar crédito á especies más ó menos ingeniosas, pero no comprobadas, nada, en fin de nombres enrevesados que fatigan la memoria y contribuyen á que se aprenda por rutina; todo lo que el cuaderno contiene es esencial, y bien digerido, basta para que un obrero, un hombre de campo, cualquier persona que no pueda hacer más estudios que los elementales, logre asimilarse lo que ha menester estrictamente.

Contiene el libro, á estilo de los textos europeos, breves resúmenes en que se guarda el succus de la materia, una serie de

de juicios de los personajes y de las épocas que vienen á servir de condensación de lo leído, y una multitud de retratos de personajes, vista de lugares é ilustraciones sumamente variadas que de seguro aclararán en gran manera lo que se aprenda.

La dedicatoria del libro, el cual consagra el Sr. Sierra á sus hijos, es un modelo de bondad y de ternura que demuestra cuán hermosa alma anima al autor, y lo que podría llamarse prólogo tiene más qué aprender que todos los editoriales que en un año publican ciertos periódicos.

En nuestro país, donde abundan los hombres competentes en varias disciplinas, escasean, sin embargo, los autores de libros de texto, pues quien algo sabe rehúsa siempre asumir el papel de educador temeroso de que se le moteje de maestro de escuela, que es entre nosotros el padrón mayor de ignominia. A pesar de esto, en materia de Historia patria, hemos sido singularmente favorecidos, pues contamos con el libro del maestro Prieto, que es bien digno de llamar la atención, con la obra del Sr. Pérez Verdía, que en mi concepto nada deja que desear para la enseñanza preparatoria y normal, y con el escrito del Sr. Sierra, que ahora analizo brevemente.

No hace todavía veinte años, cuando algún editor deseoso de allegar pingües ganancias encomendaba á cualquier

es-

escritor de escaso valer la formación de un texto, aquel llevaba á cabo su trabajo copiando á trozos servilmente un tratado de la materia, cercenando aquí, añadiendo allá, borrando sin discreción y distribuyendo sin talento.

En seguida venía la parte material, que tan importante es para los niños, y que resultaba, si cabe, peor que la literatura, pues los tipos viejos, el papel de pésima calidad y los clichés inútiles la componían.

Hoy, por el contrario, las ediciones son tan lindas que cautivan hasta á las personas mayores; los retratos, los facsimiles y las vistas se reproducen con escrupulosa exactitud, y para formar el libro no se vacila en estudiar tanto como para una obra de gran aliento, quitando todo cuanto contribuya á embrollar la inteligencia, ó pueda no ser fácilmente comprendido por los jóvenes de corta edad.

Dichosos los escolares de ahora, que logran hojear textos tan primorosos como el "Primer año de Historia Patria," y más dichosos todavía porque pueden deleitarse saboreando la leche y la miel de la enseñanza de ese mago que mira á los fuertes frente á frente y que deleita á los niños con relatos en que resplandecen el patriotismo, la heroicidad y la grandeza de alma.

1893.



POR fin salió ya á la luz la Memoria sobre los beneficios del Sr. Obispo Alcalde, que se debe á Alberto Santoscoy, y que con tanta ansia esperaban todos los amantes de la literatura. Es un mediano volumen perfectamente impreso, con portada á varias tintas y orlas color de violeta en todas las hojas, y tan pulcra y elegantemente editado, que hace honor á las prensas infatigables del "Diario de Jalisco," de las cuales salió.

Pasa con este libro lo que con muy contadas personas: la apostura elegante, el continente gallardo y el exterior delicado, se compadecen á las mil maravillas con lo interno, que es, á la postre, mejor si cabe que tan linda envoltura.

Empieza la Memoria por un prólogo galeato bien razonado y discreto, que lleva como por la mano al asunto principal, que se desarrolla en sesenta y cinco páginas de nutrida lectura destinadas á tratar de los "Cimientos de un buen Gobierno," "El Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe," "El Beaterio," "La Universidad," "El Hospital de Belén," y la "Omnipresencia del genio de la caridad."

Otras

Otras ochenta y seis páginas contienen un concienzudo apéndice y la serie de documentos debidos al Señor Alcalde, que presentan á este gran benefactor bajo sus múltiples fases, como teólogo, filósofo, político, patriota y hombre de gobierno.

Tan pálida reseña no da, ni mucho menos, idea del material de la obra, pero sí demuestra que ésta es completa y que abarca todas las manifestaciones del genio del grande hombre.

Este trabajo es para mí el definitivo en el autor que lo produjo: es la obra que todo escritor honrado desea concluir, en que se hermanen las tendencias idealistas del alma, los santos anhelos de bien y de verdad y los conocimientos acumulados durante años; es el libro que todos deseamos producir para descansar luego, seguros de haber realizado nuestra parte de tarea en la vida universal, porque hemos conseguido hacer sentir algo puro y santo, algo noble y elevado á otros corazones.

Cuando después de tanteos estériles, de tentativas inútiles, se acierta logrando escribir una obra así, cualquiera puede sentirse satisfecho y abandonar, colgada de la espetera, la pluma ociosa, porque ya ha prestado el servicio que prestar debía.

Pero no, tal cosa no sucederá, pues aun nos faltan por saborear muchos volúmenes escritos en esa prosa tersa, jugosa

sa y elegante que resplandece en la Memoria, que es, no cabe duda, la obra de un sabio, de un sabio de ley á quien se siente placer en llamar así en los tiempos que alcanzamos, en que abundan tanto los sabios de símilor.

No es este libro un trabajo neciamente erudito, obra de un compilador más ó menos paciente que se preocupa por la cifra inútil, por el dato insignificante, por cosas que tanto importa saber como ignorar, que diría Cide Hamete; en Alberto Santoscoy la laboriosidad no sofoca en manera alguna al entusiasmo legítimo, al amor por las cosas grandes y buenas: se descubre, al través del afán que lo consume de estudiar manuscritos ratonados y leer infolios de pergamino, que el literato no ha matado al hombre y que subsiste todavía latente la savia que ha animado á un poeta de altos vuelos.

De Thierry, el autor de la Conquista de Inglaterra, se ha dicho que es el poeta de la Historia. Yo opino que denominación idéntica se debía aplicar á Santoscoy, tan exacto y al par tan penetrado del espíritu de la época que describe.

Nos presenta al Sr. Alcalde tal como era: caritativo sin afectación, sabio sin pedantería, protector de las letras sin pretenderlo casi y extendiendo por todas partes, á manera de corriente benéfica, el raudal de sus dones, favoreciendo á grandes y á pequeños y realizando á maravilla

lla el precepto del Apóstol, de que para el cristiano no hay gentil ni judío, griego ni romano, sino hombres unidos en una fe sola y en un solo amor.

En aquella época de afectación en todas las esferas, en aquel siglo XVIII en que, como dice Taine, Rousseau predica los encantos de la vida salvaje y los poetas menores sueñan, entre dos madrigales, en la dicha de dormir desnudo en medio de los bosques, asombra que haya existido un espíritu tan sano, tan admirablemente equilibrado como el del Sr. Alcalde, quien no practica sino la más pura, la más ardiente caridad, independientemente de los sentimientos teatrales y de relumbrón que privaban en aquella época de preciosas y de *beaux esprits*, en que se aplaudían como actos heroicos y jamás vistos las defensas de Calas, Sirven y los siervos del Jura.

Se me dirá que hasta estas Indias jamás llegó el contagio de la sensiblería caritativa; pero lo cierto es que habiendo tenido, como tuvo el Sr. Alcalde, contacto tan íntimo con la corte volteriana, enciclopedista y hasta un tanto revolucionaria de Carlos III, es de notar que no haya guardado resabios de tales cosas.

El modelo del Sr. Alcalde se halla en los siglos medio evales: en Francisco de Asís, que declara que de los pobres es cuanto posee, de quienes es también su corazón; en Domingo de Guzmán,

que

que se consagra en Roma á visitar á las emparedadas; en Luis IX, que muere en un lecho de ceniza después de haber pretendido reanimar las moribundas cruzadas.

Otra excelencia, muy digna de tomarse en cuenta, encierra el libro que examino: no recurre, para engrandecer á su héroe, á las leyendas, hermosas pero trilladas, con que la fantasía popular ha rodeado á manera de beatífica aureola la figura del monje de Cigales; todos los hechos ahí referidos si no se hallaban recónditos hasta la fecha, eran, por lo menos, poco conocidos, y tal circunstancia indudablemente contribuye en gran manera á mantener vivo el interés.

Algo noté en la obra que no estaba en las otras de Alberto: cierta melancolía que recorre todas las páginas del libro, que las compenetra y las llena, viniendo á constituir una especie de protesta contra el presente y una prueba de pesar por el pasado.

Pero que no se crea que tal tendencia venga á constituir en Santoscoy una nota ágría é inconveniente; que no cuadra en hombre que tan deveras ama los buenos estudios el levantar discordes voces en el templo de la sabiduría para encomiar un ideal ó deprimir otro. Es, sí, una especie de dulce tristeza que invade el ánimo cuando se estudia lo anteriormente acaecido y se le compara con lo actual;

tual;

tual; ya sea porque "el tiempo pasado fue mejor," ó porque en la realidad hayamos alcanzado época menos bonancible que nuestros abuelos.

En suma, por su estilo castizo y elegante, por la cantidad asombrosa de noticias que contiene y por el espíritu noble que la anima, la Memoria merece que el público confirme con su aplauso el dictamen de los doctos examinadores de los trabajos que se presentaron al concurso literario y artístico.

Para Santoscoy parece que se escribió aquella frase que el egregio Menéndez Pelayo aplica al autor de una obra famosa ha tiempo publicada en España: "Ha hecho un libro. ¡Dichoso quien pueda decir otro tanto!"



"SUPREMA LEY"

POR

DON FEDERICO GAMBOA.



I he de confesar la verdad, Don Federico Gamboa no me era simpático como literato. Su libro *Del Natural*, me parecía una tentativa, por cierto no siempre lograda, de principante que ofrecía esperanzas; sus *Apariencias* se me antojaba una novela traducida y arreglada, como antaño se arreglaban los dramas y comedias, á la escena mexicana; sus *Impresiones y Recuerdos*, en que el autor da cuenta y razón de la época en que fumó su primer cigarro, del color de los ojos de su primera novia, de la palmeta con que el maestro corrigió sus deslices escolares y de otras cosas así de interesantes, me hacía la impresión de un alarde inmenso de egolatría en que exhibía el escritor sus *res et gesta* con la puntualidad conque un Goncourt ó un Daudet podían dar á conocer cuanto en la vida han ejecutado.

Así, pues, me sorprendió agradablemen-

tual; ya sea porque "el tiempo pasado fue mejor," ó porque en la realidad hayamos alcanzado época menos bonancible que nuestros abuelos.

En suma, por su estilo castizo y elegante, por la cantidad asombrosa de noticias que contiene y por el espíritu noble que la anima, la Memoria merece que el público confirme con su aplauso el dictamen de los doctos examinadores de los trabajos que se presentaron al concurso literario y artístico.

Para Santoscoy parece que se escribió aquella frase que el egregio Menéndez Pelayo aplica al autor de una obra famosa ha tiempo publicada en España: "Ha hecho un libro. ¡Dichoso quien pueda decir otro tanto!"



"SUPREMA LEY"

POR

DON FEDERICO GAMBOA.



I he de confesar la verdad, Don Federico Gamboa no me era simpático como literato. Su libro *Del Natural*, me parecía una tentativa, por cierto no siempre lograda, de principante que ofrecía esperanzas; sus *Apariencias* se me antojaba una novela traducida y arreglada, como antaño se arreglaban los dramas y comedias, á la escena mexicana; sus *Impresiones y Recuerdos*, en que el autor da cuenta y razón de la época en que fumó su primer cigarro, del color de los ojos de su primera novia, de la palmeta con que el maestro corrigió sus deslices escolares y de otras cosas así de interesantes, me hacía la impresión de un alarde inmenso de egolatría en que exhibía el escritor sus *res et gesta* con la puntualidad conque un Goncourt ó un Daudet podían dar á conocer cuanto en la vida han ejecutado.

Así, pues, me sorprendió agradablemen-

mente, constituyó una especie de revelación, su nuevo libro, *Suprema Ley*, de una verdad tan admirable, tan vívido, tan pasional, tan lleno de ese realismo de buena cepa que hace durar las obras no en el escaparate del librero, sino en el estante del literato y en la memoria del amante de la belleza.

Sí no se viera en el remate del volúmen la fecha en que este empezó y concluyó, se creería que había brotado de una vez, como improvisación espontánea, como obra de momento en que ni el arte, ni las torpezas de la ejecución, y las imperfecciones de detalle habían tenido qué ver.

No hay en la novela un tipo ocioso, ni un incidente inútil, ni una página que no conspira al resultado de la acción y que no tenga relación con el desenlace. Vamos, hasta las descripciones, en que nuestros novelistas son tan pródigos al grado de aglomerarlas sin discreción, en *Suprema Ley* son sólo maneras diferentes con que el sujeto es impresionado por la realidad. En la obra de Gamboa, Belén, el Teatro y la Alameda —sobre todo la Alameda— desempeñan el papel del coro en la tragedia griega.

Los caracteres son de un *verísimo* encantador, al grado de que cuando pasa algún espacio de la lectura podemos pensar que hemos topado, visto y hablado á los actores. Ortegá es un vicioso que todos

dos conocemos, Clotilde, una pérdida con disfraz de santidad, una ramera-nata que vino al mundo para perdición de los humanos, Berón, Holas y hasta el Comendador y Don Francisco están respirando vida, están llenos de encantador y noble realismo.

Alguien afecto á encontrar parecido entre lo antiguo y lo nuevo, cree ver semejanza entre el Dr. Pascal, el sabio de los Rougón Macquart, y el pobre escribientillo de juzgado, entre la Clotilde de Zola y la Clotilde de Gamboa, entre la primer noche que unidos pasan los amantes y la primer noche de Laurent y Teresa Raquin, entre la criada cuyo tipo apenas se esboza y la Juliana Conseiro Tavira de Ega de Queiros.

Existirán ó no esas coincidencias, pero de ellas no puede hacerse cargo á Gamboa: pintó la realidad y la realidad pintaron los otros novelistas, y no hay cosa que más se parezca á sí misma que la verdad.

No posee Gamboa lo que yo llamaría facultad de lo épico, es decir, la facultad de describir la naturaleza exterior como Delgado, por ejemplo; tampoco, tiene, como de Campo, el privilegio de guardar estereotipados en su memoria frases y gestos; no encierra en fin, la nota cómica como esos escritores y como la tuvo Cuéllar; es, ante todo y sobre todo, un analista, un disector de almas que ve al fon-

fondo de los corazones, que busca solo la concupiscencia que deshonorra, la bajeza que mata, el odio que horroriza. Por esto en mi parecer no será popular nunca, mientras sus regocijados cófrades tendrán prosélitos y amigos mientras escriban.

No quiere esto decir que su libro carezca de tipos simpáticos. Prieto es un truhán de muy buena sombra, Chucho un marmolillo apreciableísimo, Don Eustaquio, aunque algo melodramático y aunque algo se despegue de aquella colección de seres de carne y hueso, es la providencia que, vestida de saco de dril y modelando barro, aparece para dar solución al conflicto; pero sobre toda la familia Ortegale es de lo mas tierno y delicado que aquí se ha descrito. Podrían autorizarla con su firma Lamartine y Daudet, si Daudet y Lamartine se hubieran dedicado á pintar tipos mexicanos de casa de vecindad.

No cabe duda, el mundo de Gamboa á manera del de Carlyle, es un montón de fango fétido cubierto por una atmósfera de plomo, en donde se escuchan solo ayes y gritos de desesperación; pero como en la terrible imaginación del pensador britano, surcan el cielo de esa gehena rayos de filantropía que infunden consuelo y resignación.

En suma, *Suprema Ley* es un gran acierto, un acierto que vale por muchas caídas y con ella el Sr. Gamboa se ha colocado entre los primeros novelistas mexi-

ca-

canos —no el primero de todos, porque para mí Delgado y *Micros* tienen también sitio preferente.

Aquí debería terminar este artículo; pero no manifestaría del todo mi sentir si no dijera cuánto me extrañan y cuánto me duelen en el Sr. Gamboa descuidos enormes de lenguaje, impasables en cualquier escritor. Giros, frases y construcciones mexicanos, voces provenientes del francés y del inglés, pero sin desbastarse todavía ni adquirir carta de naturaleza, y sobre todo un estilo cortado, premioso, lleno de anfibologías y de defectos, apartándose á leguas de la cadencia, la rotundidad, la amplitud y la majestad del período castellano, abundan en el nuevo trabajo.

Si el Sr. Gamboa estudiara los escritores españoles como de seguro ha estudiado á los franceses, qué cosas tan bellas diría, qué hermosos resultarían sus libros. Cumplirían á maravilla la frase del Venusino: *mens sana in corpore sana*.

Esto por lo que toca á la forma; en lo que se refiere al fondo, encuentro muy poco natural, falto de toda explicación, que Don Agustín Granada, el padre de Clotilde, que es de suponerse no hubiera tomado lenguas en el juzgado, ni visto á su hija, ni dádose á conocer de sus amigos, ocurriera á la extraviada casa del escribientillo á encomendarle, como quien dice nada, el cuidado y la custodia de la

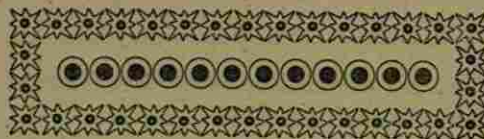
10

pre-

presunta delincuente y el recibir las sumas que enviaba á la dama.

Y como en el curso del libro no vuelve á hacerse mención de la amistad entre Julio y Don Agustín, ni se hace saber qué impresión sufría aquél al tocar las cantidades con que el viejo marino subvenía á las necesidades de la pareja, temo mucho que el autor haya olvidado detalle tan importante.

Pero estos reparillos no valen la pena si se toman en cuenta los inmensos méritos de *Suprema Ley*, que es, en mi opinión, la obra que marca la época de auge del talento del distinguidísimo artista, á quien de todo corazón envío mi afectuosa enhorabuena.



DON ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES.

A PROPOSITO DE SU LIBRO

"MUERTOS Y VIVOS"

CRITICOS á lo Valbuena, que tengan por oficio destrozar reputaciones, derrocar famas bien sentadas, cazar ripios y gazarpos reales ó imaginarios y destrozar talentos en capullo, abundan en nuestro país "como en sombrío matorral los hongos"; pero críticos como Antonio de la Peña y Reyes, serios, instruidos, con preparación previa, amplia y completa, con talento claro y sagaz, animados de noble entusiasmo por la belleza, dotados de un gran fondo de rectitud, son tan contados y hacen tanta falta que valdría la pena rogar al genio ó deidad que en estos asuntos entiende, nos trocara por unos cuantos de tal laya á todos esos *bravi* que con el chapeo calado y en la mano la na-
va-

vaja de Albacete, se han metido de rondón al templo del dios de Claros.

Al hablar de libros como "*Muertos y Vivos*", que así se llama la última colección de artículos que acaba de publicar el Sr. Peña, se siente fácil la pluma y tranquilo el ánimo. Escritos día á día, destinados quizá á vivir tan solo la vida pasajera del periódico político, tienen un doble valor: por una parte demuestran la habilidad del autor, que con cuatro rasgos maestros da su opinión, siempre autorizada, sobre el tema literario de actualidad, en estilo gallardo, clarísimo y exento de galas importunas; y por otra y en virtud de su carácter informativo, están destinados á guardar mucho que sin ese auxilio indispensable de seguro se olvidaría.

Así se conservará el recuerdo de Carlos López, un ilustre desaparecido que no sintió en vida el aura popular y que quizás desde su tumba espere, como Stendhal, la justicia de los pósteros; así se guardará memoria del culto que la juventud tuvo por Altamirano, y esa faz tan importante de la obra del grande hombre será apreciada por nuestros sucesores; así, en fin, libros y autores que como por incidencia cita el Sr. Peña, serán estudiados y examinados cuando haya quien se preocupe de averiguar lo que en materias literarias se conocía en nuestra época.

Aquí de ordinario no se escriben sino apologías y diatribas —apologías de las obras

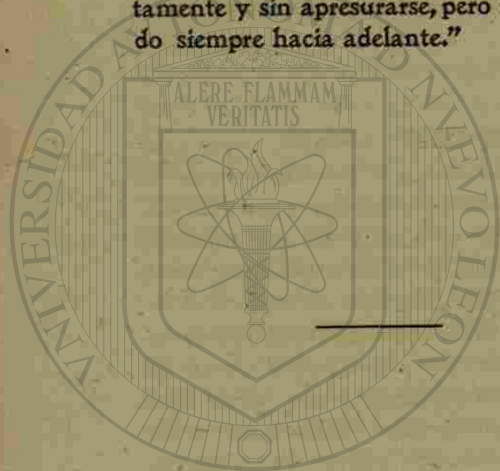
obras de los amigos; sátiras de las producciones de los contrarios; — pero libros en que se trasparente el juicio sano, el deseo de hacer justicia, el propósito de decir la verdad, no salen á luz sino de vez en cuando; que al fin, como pueblo nuevo, de sangre latina y de carácter ardiente, los mexicanos no comprendemos el elogio sino cuando á golpes de incensario tiznamos la cara del ídolo, ni quedamos satisfechos de la censura sino cuando caemos en la grosería chabacana ó en el chiste inurbano y descomedido.

Peña no es así; tiene sus predilecciones, goza alabando las obras de sus amigos; pero ni mira como impecables á sus ídolos ni cree que la amistad se extinga por el hecho de no considerar astros de primera magnitud á todas las gentes que saludamos.

El joven crítico escribió hace años un libro que puede servir como punto de comparación respecto del que ahora publica: hay en él la misma buena fe, la misma honradez, el mismo entendimiento sano, la propia justeza en los pareceres que sorprenden en "*Muertos y Vivos*"; pero, en cambio, el estilo, que en aquella época era un sí es no es desmayado, se ve ahora lleno de vida y de verdad, como si se le hubiera transfundido nuevo y generoso espíritu, como si en la lucha hubiera adquirido esa fuerza que solo consiguen los privilegiados que no se enervan

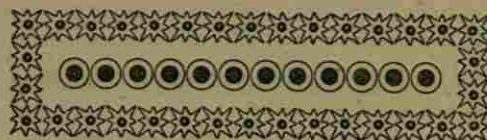
van en el combate ni se desvanecen con los elogios.

Y eso que noto ahora en una colección completa de artículos, es igualmente palpable en cada trabajo de Peña, por insig-nificante que sea, pues parece que para el joven censor se hizo aquella frase del Júpiter de Weimar. "Como la estrella, lentamente y sin apresurarse, pero marchando siempre hacia adelante."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DON RAFAEL DELGADO.

VERDAD innegable, cuyas causas dejo que investiguen quienes tengan tiempo y vagar suficientes para ello, es que mientras nuestra poesía se ha consagrado á revolver Roma con Santiago luciendo por toda gala el decir en lenguaje sibilino razones destiladas por alquítara, la novela ha medrado grandemente y en pocos años puede presentar ya modelos que compiten con lo mejor del género en cualquier país.

Iniciaron ese movimiento verdaderamente fecundo y duradero las obras de Sancho Polo, preciosos estudios que sucedían á las caricaturas de Facundo y á los romanticismos de Castillo, Orozco y Berra y Díaz Covarrubias; siguiéronlas los cuadros de Micrós, el pintor que mejor ha sorprendido en las escenas de la tierra la luz y el espacio, la línea y el colorido; y como efecto de mágica evocación apare-

recieron Rivera, Alba, Leduc, Tablada y Puga y Acal. ¿Qué más? Los mismos que en verso hacen ó aplauden las mayores demasías, cuando se calzan el zueco vulgar llegan á realizar tales aciertos, que todo el mundo se pregunta sorprendido cómo es posible que quien acaba de encontrar algo personal, íntimo y vibrante, se despeñe á poco andar en el abismo de la afectación y del mal gusto.

Amado Nervo, que en su "Bachiller" nos pintó escenas dignas de la pluma de Ferdinand Fabre, en sus "Místicas" acertó por excepción con una nota honda y potente; Olaguibel, poeta de verdad, lo es más en su novelita "Pobre Bebé" que en algunas rimas de su "Oro y Negro"—muestra de estilo *voulu* y amanerado; Ceballos, —á quien nadie puede negar la posesión de un léxico rico y elegante y de un estilo propio— y Couto con sus tremendas y desarregladas imaginaciones, tienen en sus premiosas y trabajadas obras más de un cuadro que refleja la vida y la verdad.

No parece sino que el verso es como los dones diabólicos, que trastornan y enloquecen á quien pretende poseerlos, y la prosa droga benéfica que sana mejor que el eléboro de tres Anticiras. Nadie se ha conservado, en verdad, más distante de ese contagio que Rafael Delgado, prosista cuyos méritos han opacado los que de poeta podía ostentar— con ser estos múltiples é importantísimos.

x

Roberto de la Sizeranne comienza así un estudio reciente acerca de Puvis de Chavannes: "En una columna antigua que se guarda en Roma, se ve lo siguiente: una rama de yedra trepa desenvolviéndose, se divide en dos porciones que vuelven sobre sí mismas en la forma propia de los caduceos; y cruzándose y separándose de nuevo, sin cambiar su arabesco, se torna esa yedra en laurel, que, á su vez, ascendiendo más alto, se trueca en rama de encina. Y se sueña en una vida que, sin cambiar de rumbo ni de dirección, fuera primero fiel como la yedra, gloriosa luego como el laurel y concluyera por producir al ánimo la idea de fuerza como la encina."

Tal es para mí el símbolo de Rafael Delgado: fiel al arte como la yedra, glorioso por el arte como el laurel, fuerte por el arte como la encina.

Cuando vimos aparecer "La Calandria" en las páginas del único ensayo de revista que en el país se ha hecho, todos nos preguntamos quién era el advenedizo que sin antecedentes ni consecuentes pretendía lo que tantos otros no habían logrado hasta entonces: hacer una novela netamente nacional, en que la intriga fuera perfecta, en que los tipos no resultaran ni caricaturescos, ni desmayados, ni flojos, ni faltos de verdad; en que el

cuerpo y el alma, la forma y el fondo estuvieran compenetrados y confundidos de manera de constituir el todo armónico que el artista desea siempre para su obra.

Y "La Calandria" cumplió todas las promesas, sobrepasó á todas las esperanzas, se conquistó todas las admiraciones.

Si se me preguntara quién, de entre los artistas mexicanos, posee más claramente caracterizado lo que Nietzsche llamaba la embriaguez apolínea, esto es, la que produce la irritación del ojo otorgándole la facultad de la visión estética, contestaría que ese artista es Rafael Delgado.

Sus percepciones, lo mismo de seres que de sentimientos, tienen como distintivo la fuerza y la plenitud; su ideal artístico se manifiesta, como decía el amigo de Wagner, por una formidable expulsión de los caracteres principales del objeto, de manera que los otros rasgos del mismo desaparecen.

Poco he visto mejor, más claramente pintado que el camino de Pluviosilla á Xochiapan, que el panorama de Villaverde, que la cena de Noche Buena relatada en "Angelina," y sobre todo que ese espléndido patio de San Cristóbal, proveniente del en que Monipodio, imperaba, del mesón del Sevillano ó de las almadra-

bas

bas del Zahara, "finibusterre de la picaresca."

¡Y los personajes! Oh, los personajes se atropellan y saltan por salir y mostrarse al espejo del entendimiento, todos exactos, todos completos, todos con encantador y sin igual relieve. Malenita pasea de bracero con Muérdago; Arturito aparece puliendo espinelas chirles; Jurado escribe *petrínsmos* y *paulínismos*; Linilla cultiva sus flores; y Lolita y Alberto Rosas, y Tacho y Enrique y Rodolfo viven en nosotros, los vemos diariamente, son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos. Y es que Delgado, á semejanza del prosista Melo, ha deseado mostrar los ánimos, no los vestidos de seda, lana ó pieles.

Algunas veces es triste, ya que "no hay modo de referir tragedias sino con términos graves" y que "es condición de las llagas no dejarse manejar sino con dolor y con sangre;" pero esto pasa pocas veces y el poeta vuelve luego á su apreciación suave y honrada del mundo. Ni aun para Rosas, el seductor, tiene censuras acres ni calificativos destemplados; casi podría creerse que lo absuelve, que lo explica como producto del medio, de la inercia de los individuos de su clase, de la admiración que produce el dinero en pueblos tan jóvenes como el nuestro. A don Eduardo lo retrata en cuatro pinceladas maestras, como el prototipo de los bur-

burgueses indígenas que, como dice Carlyle, respetan más que nada el bolsillo, esa glándula pineal de la existencia común; y que, como los gatos de la fábula, juzgan caso de conciencia el comerse el asador cuando han devorado ya el pollo. Dibujó con positivo cariño, con paciencia de pintor flamenco al Licenciado Castro Pérez, picapleitos, pedantón, cerebro lleno de *Labyrinthus creditorum*, de Conde de la Cañada y de Solórzano, y vacío de seso y de buen sentido y al lado suyo puso á sus hijas, dos solteronas malas, pero no pervertidas, deseosas de casorio, pero no de infamia.

El gran mérito de Delgado estriba para mí en haber descrito admirablemente la vida de las poblaciones cortas con sus chismes, sus rivalidades, sus fiestas y sus tristezas. Yo encuentro á Villaverde (perdóneme Galdós) más cierta que á Orbajosa, más llena del tinte de realidad que ella, porque Orbajosa es la población española de corto vecindario, y Villaverde es un lugarcillo mexicano que el autor conoce y en que de seguro ha vivido.

x

Al hablar de un escritor de la talla de Delgado, disertador, insigne analista, hábil y entendido psicólogo, no se puede pasar por alto su estilo limpio, terso, elegante, tan lejano de los primores de ciertos hablistas que se quiebran de

su-

sutiles, como del descuido de otros que pasan de llanos á pedestres y que se venden por artistas de ley.

Delgado, que por fortuna no se cuenta en el número de los que creen que estudiar español en francés es procedimiento digno de loa, y que se niegan á conocer y saborear á los grandes autores peninsulares so pretexto de que los clásicos *habent virtutem dormitativam* y que los modernos no están de moda en París, maneja incesante y amorosamente los libros de sus escritores favoritos, los maestros del idioma. A él podría, en otro sentido, aplicarse aquella comparación del poeta Chénier que Menéndez Pelayo toma para Fray Luis: como la espartana, que junto al lecho en que se hallaba próxima al parto colocaba las más hermosas y acabadas imágenes de dioses para apacentar su vista en ellas y hacer que de su vientre salieran frutos que emularan los dechados de belleza y fuerza antiguas, Delgado tiene siempre á la vista y en el oído aquellas cláusulas tan sonoras y tan artísticas, tan armoniosas y tan ricas de color.

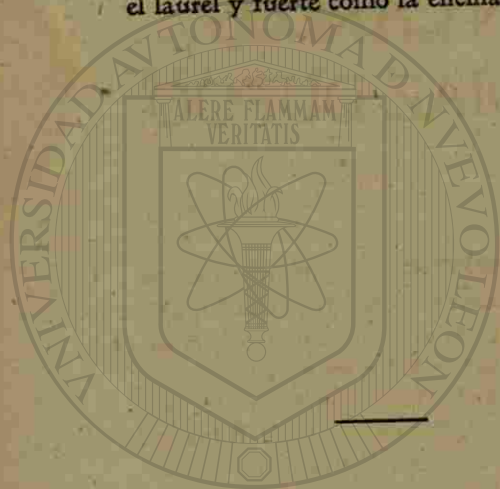
Así es como se ha adueñado ese estilo brioso y suave, lleno de fuerza y lleno de gracia, elegante y cercano á la prosa ideal —pues con dificultad se concibe cómo se pueda dar idea de los objetos con menos palabras y cómo esas palabras estuvieran mejor colocadas.

Literatos como Delgado sí pueden

sa-

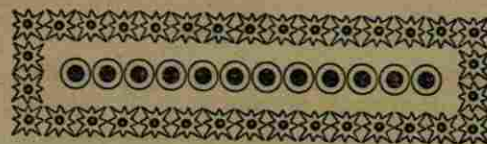
sacar de la cantera de nuestra idiosincrasia, de nuestras costumbres y de nuestro medio social, lo artístico, lo espontáneo y lo propio.

Y si la juventud quiere un modelo que seguir, que busque al ingenio cuya vida es fiel como la yedra, gloriosa como el laurel y fuerte como la encina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DON CARLOS DÍAZ DUFÓO.

CREO firmemente que el periodismo doctrinario, con sus editoriales serios como colchones, sus tratados breves acerca de la soberanía, de las funciones del poder público y de las relaciones entre el Estado y la iglesia —tomados directamente de Burlamaqui ó de Prisco— y sus artículos tediosos, blancos ó negros, opositonistas rabiosos ó gobiernistas á *outrance*, está mandado retirar y que no resucitará nunca; pero, en cambio, creo también que el periodismo actual, en que el reporter es el árbitro que manda y gobierna, que dispone y usufructúa, no puede durar ni lo que la verdura de las eras. En esta materia más que en ninguna otra podemos decir que tras la acción ha venido la reacción: después de los articulazos de

Mar-

Martínez ó de Zarco ó de Aguilar y Marrocho, repletos de erudición, de citas, de razonamientos y de teoría, hemos llegado á los reportazgos en que se agotan las minimeces, se menudean los detalles y se puntualiza lo más insignificante con el primor con que aquel mal escultor del ejemplo clásico esculpía en la estatua uñas y cabellos. Y gracias que la fiebre va cediendo y que el pujo de dar mejores y más completas reseñas se va moderando, pues á la fecha ya solo como reliquia se guardan aquellos planitos que señalaban el rastro de sangre que había dejado la víctima ó el camino que había recorrido el asesino, y aquellas descripciones de jurados en que se contendía sobre si el inculpado llevaba en la camisa pechera de hilo ó de algodón. Pero afortunadamente en esta materia, como dice el axioma de Lavoissier, nada se pierde... aunque muy poco se crea. Tras las exageraciones de los pedagogos y los excesos de los noticieros vendrá la síntesis, y veremos imperar el verdadero periodismo, el periodismo que forma la opinión, que alza y derriba gobiernos, que hace triunfar teorías sanas, que es, en suma, el dueño de conciencias y de voluntades —y ese periodismo estará igualmente distante del que ejercían los que empuñaban la férula del dómine y del que ejercen los que para emular al primo que describió Cervantes tratan de declarar quién fué el pri-

primero que tuvo catarro en el mundo y quién el primero que se rascó la cabeza. Y ese periodismo, que enseñará, porque al fin y á la postre quitaríamos su función más hermosa á la hoja impresa si le quitáramos la tarea de difundir y extender nociones, y que describirá cosas y sucesos coetáneos porque no es el libro ni la enciclopedia, será antes que todo ameno, y como ameno, literario.

x

El precursor de esa tendencia armónica lo es, en mi opinión, Don Carlos Díaz Dufío, uno de los escritores más elegantes que haya en México.

Crítica literaria, crítica teatral, editoriales tendenciosos, trabajos de vulgarización científica, *lieds* melancólicos, cuentos delicados, novelas cortas, todo lo ha escrito Díaz Dufío, pudiéndose asentar como verdad innegable que si ha sido más ó menos afortunado en la elección de sus asuntos no ha sido nunca fastidioso al desempeñarlos.

Pero si ha desflorado esas y otras cosas por complacer al público, que sin cesar pide

cuanto pueda inventar la fantasía
en concebir delirios eminente,

su aptitud, su verdadera aptitud es sin duda el humorismo, esa sátira triste, esa ráfaga de sol en la llovizna, grata á los

septentrionales y punto menos que incomprendible para nosotros.

Muchas de sus revistas, de sus "luces de bengala," de sus artículos de todas clases tienen esa seriedad cómica, esa formalidad chistosa, ese regocijo terrible que sentiría quien llevara las entrañas traspasadas por un puñal buido y se chancara sobre su mala estrella.

Un amigo mío, cuyas opiniones me infunden tanto respeto que casi no me atrevo á discutirlas, llamaba á Díaz Dufóo el *clair de lune* de Gutiérrez Nájera. No juzgo, ni mucho menos, acertada tal denominación: el gran Duque era un espontáneo, un bondadoso, un tolerante; reía de los defectos ajenos, de las maldades ajenas, de los dolores ajenos con risa compasiva y suave— como de quien embroma á un amigo diciéndole cosas punzantes mientras le da palmaditas en el hombro y le sonríe con faz dulce y cariñosa.

Díaz Dufóo es cáustico, es intencionado, es cruel. Toma á la risa por sorpresa; la acecha y la viola; como los viejos bíblicos, aguarda á que Susana se despoje del cinturón para atisbarla y gozarse en su desnudez, para analizarla y exponerla á la contemplación de los perversos.

Su chiste es doloroso como el de Swift cuando proponía de la más lógica y discreta manera que se matara á los niños irlandeses para alimentar al resto
de

de la población con bocados sanos, y alegaba su desinterés para que se tomara la medida dado que su hijo menor contaba ya nueve años y que su mujer había llegado á la menopausia; como el de Thackeray cuando presentaba al *galeongi* el trozo de endemoniado potaje y veía á su compañero el diplomático caer accidentado.

Pero esas ráfagas pasan y queda el escritor exquisito que dice todas las cosas con frase clara, comprensiva y justa, que no se extravía, que no se pierde, que no sufre eclipses ni olvidos y que posee las dos grandes fuerzas del periodista: una instrucción enciclopédica y una memoria á prueba de años y negocios.

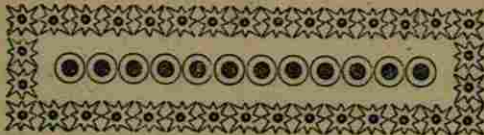
Díaz Dufóo, burla burlando, ha enseñado más economía política, más filosofía de la historia, más arte de gobernar y más derecho constitucional que muchos editorialistas sesudos, que muchos autores de infolios que podían haber estampado en la segunda página de sus libros la frase de Cambronne sin que nadie se asustara ni pusiera por ello el grito en el cielo.

Nació periodista, y si el periodismo no hubiera existido aquí, habría habido que inventarlo para él.

No ha coleccionado sus artículos aunque alguna vez lo ha prometido y en verdad que ha tenido razón. ¿Qué va á dar á conocer si lo suyo lo conoce todo el mundo?

do? Y luego, sus trabajos, con alusiones á cosas y personas, á objetos y sucesos ya pasados y olvidados ya, ¿se leerán con igual interés que cuando respondieron á la necesidad del día, á la sensación del momento, cuando fueron la nota verdadera, oportuna é insustituible? De alguien más que de los cómicos y cantantes debía Musset haberse acordado cuando escribió sus estancias á la Malibran. Los periodistas son también voces que se extinguen y que cuando hablan á un público distinto del que los escuchó pasan tan desconocidos como si fueran seres de otro planeta.

Pero lo que nunca pasará porque representa una época feliz de transición — de transición del periodismo vetusto al moderno, es la silueta simpática del autor de *En revenant de la revue* y de tantas dichosas é intencionadas creaciones.



UN CRÍTICO NOVELISTA.

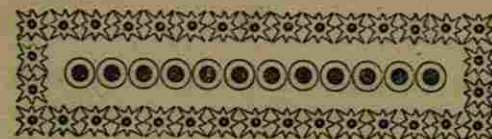
UNA y otra vez he leído la obra de don Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias*, y una otra vez he quedado suspenso de que haya quien considere á tan hábil escritor un novelador y un novelador modernista.

Hay en el nuevo libro análisis muy minuciosos que recuerdan, guardadas las debidas distancias, *La Pantalla* ó *El escrupulo* de Bourget; estudios pasionales muy discretos que traen á la memoria á Maupassant, á Hennique y al mismo Zola; y chanfarrinadas grotescas que á quien evocan es al finado, truculento é intolerable señor de Bouchardy.

¿Por qué, pues, el señor Ceballos pasa como novelista de los de la última empolladura? Averíguelo Vargas, que yo opino que todo proviene de la causa porque

do? Y luego, sus trabajos, con alusiones á cosas y personas, á objetos y sucesos ya pasados y olvidados ya, ¿se leerán con igual interés que cuando respondieron á la necesidad del día, á la sensación del momento, cuando fueron la nota verdadera, oportuna é insustituible? De alguien más que de los cómicos y cantantes debía Musset haberse acordado cuando escribió sus estancias á la Malibran. Los periodistas son también voces que se extinguen y que cuando hablan á un público distinto del que los escuchó pasan tan desconocidos como si fueran seres de otro planeta.

Pero lo que nunca pasará porque representa una época feliz de transición — de transición del periodismo vetusto al moderno, es la silueta simpática del autor de *En revenant de la revue* y de tantas dichas é intencionadas creaciones.



UN CRÍTICO NOVELISTA.

UNA y otra vez he leído la obra de don Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias*, y una otra vez he quedado suspenso de que haya quien considere á tan hábil escritor un novelador y un novelador modernista.

Hay en el nuevo libro análisis muy minuciosos que recuerdan, guardadas las debidas distancias, *La Pantalla* ó *El escrupulo* de Bourget; estudios pasionales muy discretos que traen á la memoria á Maupassant, á Hennique y al mismo Zola; y chanfarrinadas grotescas que á quien evocan es al finado, truculento é intolerable señor de Bouchardy.

¿Por qué, pues, el señor Ceballos pasa como novelista de los de la última em-
polladura? Averíguelo Vargas, que yo opino que todo proviene de la causa por-
que

que se considera al Dante el primer poeta cristiano y á Homero el mayor poeta épico que haya nacido de madre: de que no se leen sus libros.

¿Qué tienen de modernistas, vamos al decir, *El caso de Pedro*, *Dos cartas*, *Instantánea* ó *el Rey de las gemas*? Porque me figuro que no es atributo exclusivo del modernismo pintar pasiones y sucesos sangrientos ó extravagantes, pues en tal caso modernistas hay y ha habido desde que la novela es novela.

El estudio sutil y complicado de la enrevesada alma contemporánea; los crímenes, las locuras y los horrores á que impulsa la hartazgo de civilización que los europeos se han propinado; las direcciones estafalarias que toma la conciencia en gentes que por juro de heredad poseen el desequilibrio de todas las facultades, constituyen el objeto de la novela novísima; pero si he de decir la verdad, nada de eso encuentro en el señor Ceballos.

En las obras de este literato hay mucha crudeza, mucho de llamar á las cosas por sus nombres de pila, mucho de referir lances un tanto verdes; pero esa labor paciente, minuciosa, fina de quien pesa las palabras, alambica las ideas y extrae de unas y otras un jugo quizás deletéreo, quizás mortífero, pero siempre exquisito, está á cien leguas de nuestro paisano.

Dije unos renglones arriba que el

se-

señor Ceballos recordaba á veces á los naturalistas y ello es cierto en cuanto que les toma lo burdo, lo mecánico de su procedimiento; pero de ningún modo porque imite de ellos el espíritu, la fuerza, lo hondo del procedimiento mismo. Como el tipo de Figaro, sabe la manera de vestir á los personajes: "siendo muy antiguo, siempre á la romana; si no es tan antiguo, á la antigua francesa, á la antigua española; según . . . ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc." Por esto sus héroes son entes de razón, criaturas metafísicas, seres que viven no en este bajo planeta, sino en esferas supernas y extraterrestres. Simbolizan éste, la lascivia; aquel, la avaricia; esotro, la soberbia, y por eso los miramos como seres más malos y mejores que nosotros, pero no con los vicios, con las cualidades y con los defectos que poseemos los humanos. En vano se buscaría en esa colección de fantoches ya no una Eugenia Grandet, una Augusta Orozco ó una Renée, sino siquiera una Remedios Vena ó una Carmen Ortíz.

Las dichas y desventuras de los personajes podían relatarse como acontecidas en San Petersburgo ó en la Haya ó en Nueva York; y si no se tuviera cuidado de hacer notar que el caso se supone acaecido en México quedaríamos ignorando eternamente tal detalle. Tiempo hace que leí en otro libro del mismo escritor — *Claro Oscuro* — la descripción de una

or-

orgia de candil que si bien me tranquilizó por lo que se refería á las costumbres del autor, me dejó convencido de que no había tenido siquiera relaciones de amistad con quien hubiera ocurrido á los feos lugares en que tales abominaciones pasan.

En *Croquis* y *Sepias* obra este trozo digno de cualquier preciosa ridícula: "Verá usted, señorita, las tagarninas son de muy difícil manufactura, el uso de las tijeras lastima los metacarpos, el cuchillo hiere las puntas de los dedos, la espalda se encorva y los dolores de nuca son terribles...." Al leer esto se piensa involuntariamente en Belisa ó Filaminta y se olvida á las estanqueras y torcedoras mexicanas, que no saben hablar en culto....

x

En cambio, el señor Ceballos es quien mejor escribe de todos los jóvenes sus correligionarios. Su estilo es nervioso, firme, elegante á veces y á veces hasta cercano á los arrebatos líricos.

Lo cual no quiere decir que carezca de defectos, porque los tiene y enormes. Andan por allí un cuerpo *esqueletoso* á quien Dios debe dar buena manderecha para soportar la carga de esqueletos que se ha echado áuestas; unas manos *fuseladas* capaces de causar espanto; una *mejor buena fe* positivamente admirable y un *agorazomarse* que causaría convulsiones epileptiformes al *Solitario* ó á Don Barto-

lo-

lomé José Gallardo. Y esto amén de muchísimos otros pecadillos, de los cuales el menor bastaría para enviar á las calderas de Petruccelli della Gattina á quien los cometió.

x

El viejo Apuleyo refiere la historia de un mancebo que, enamorado de la criada de una famosa hechicera tesaliense vio alguna vez al ama convertirse en lechuza y volar á sus anchas por el espacio. El mozo, curioso además, quiso probar las mixturas con que la émula de la Camacha y la Montilla se untaba, y tomando el ungüento que su amada Fotis le proporcionó, equivocando las drogas, se convirtió en asno que empezó por recibir una rociada de palos y acabó por pasar una serie de aventuras que mal año para las de Lazarillo.

Si viviéramos todavía en el tiempo de las Locustas, yo juraría sobre los santos evangelios que Don Ciro B. Ceballos, como el Lucio de la fábula alejandrina, había equivocado las mixturas y que, por convertirse en crítico, se había vuelto novelista corriente y moliente.

En efecto, Ceballos que escribe fábulas medianas y que se hace gran esfuerzo para aparecer autor de novelas conforme al *cabotinage* en uso, no es sino un crítico demasiado vehemente, demasiado falto de caridad para con el prójimo; pero

13

crí-

crítico al fin. . . . *Archilochum proprio rabies armavit tambo*

En el hampa delicuescente, que es una corporación cerrada donde, como entre los jesuitas, se obedece *perinde ac cadaver*, se han repartido los papeles á semejanza de las tragedias clásicas: Menipo, traidor; Alfeo, tirano; y así los otros. . . . Designose desde el principio á Ceballos para novelista y novelista es á pesar de todo y de todos.

Ha escrito, sin embargo, un estudio muy sugestivo acerca del poeta Valenzuela, otro muy exacto respecto del elegante Balbino Dávalos, y las notas colectivas (*summa contra gentiles*) que se han lanzado para anatematizar á los herejes que se apartan de la fe del clan en que el dúctil escritor se halla filiado. Ostentan esas obras el sentido artístico más claro, el conocimiento más amplio de las personas y las cosas, ideas originales y un entusiasmo tan sincero y tan hondo por lo que él juzga la verdad, que resulta simpático.

Entonces, cuando escribe de *re crítica*, su estilo es más brioso, más elegante y hasta más castigado que cuando luce los arreos de novelista. Entonces se halla en su terreno, en el terreno de quien discute, de quien demuestra, de quien siente la presencia del contrario y anticipa los argumentos, previene los ataques y se cubre con el escudo para evitar que el acero vigilante del que lo acecha penetre por la jun-

juntura de la coraza. Así resulta nerviosa, movida, fina su crítica y nueva su forma de exposición.

Claro que yo no estoy conforme con los horrores con que el señor Ceballos insulta á los burgueses. Si los infelices no comprenden ni catan los primores y quintas esencias que los poseedores de la verdad revelada pretenden hacerles pasar, tienen razón para exclamar como Sancho Panza cuando su amo le hacía saber que el bálsamo de Fierabrás le producía tantas ansias y bascas por no ser armado caballero. "Pues si eso sabía Vuestra Merced, maldito yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase?" O de otro modo, si somos tan ruines y para poco que nada llegamos á entender, aunque nos afanemos, de primores literarios ¿para qué nos los sirven? Y si á pesar de todo se empeñan en que los gustemos y sentimos con ellos trasudores y desmayos ¿por qué lo extrañan y á la postre nos insultan y denigran?

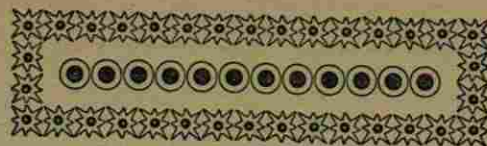
Pero estas objeciones no valen la pena de tomarse en cuenta, ya que el señor Ceballos tiene la materia prima del crítico: su exacta comprensión de la belleza y su entusiasmo por ella.

Qué como el Lucio de Apuleyo, coma, pues, rosas aunque las arrebate á las canéforas que las conduzcan para la Buena Diosa: sólo así volverá á su ser y estado tras el encantamento que lo subyuga.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Un Poeta Descriptivo.

SON pocos los fieles que en el país quedan de las doctrinas y procedimientos del maestro Altamirano: el grande hombre (así le llamo á boca llena) después de haber ejercido durante largos años indisputable hegemonía literaria, se halla ahora punto menos que olvidado, casi del todo desconocido. Y es que los tiempos no son propicios para el ejercicio de maestrazgos, ni cuadraría con la nueva dirección de los espíritus el admitir la tutela de quien se presentara armado del *indocti discant* á mostrar la manera de rendir tributo á la belleza.

Sin embargo, el autor de "Clemencia," amén de otros méritos, tuvo uno que en vano le disputarán los que pretendan elevar-

varse como él y ser vistos á igual altura; el mérito de sistematizar su enseñanza haciendo que sus discípulos "ataran su carro á una estrella," esto es que hicieran depender su fuerza de la consecución de un ideal grande y elevado. Ese ideal consistía para el Maestro en la creación de una literatura nacional que respondiera á los hondos misterios de raza, educación, hábitos, historia, clima y condiciones físicas de país; y tuvo por ello fieles y decididos partidarios y detractores enconados. Acertado ó falso el sistema del Maestro, (que tal cosa no se puede averiguar por el momento) no cabe duda que produjo resultados inmejorables, pues pocas veces se había visto en México un florecimiento literario tan espontáneo como el que marcó el decenio del ochenta y cinco al noventa y cinco. Poetas como Fernández Granados y Bustillos, novelistas como de Campo y Alba, críticos como Peña y Rivera é investigadores como González Obregón, demostraron palpablemente que el movimiento artístico, que en nuestro país se produce en periodos de treinta años, había tenido una manifestación más que respondía al desarrollo de un principio preconcebido. Hoy, apenas uno que otro provinciano bisonño y de seguro sus discípulos recuerdan al iniciador de aquella feliz revolución;

Que tales somos tornados,
Que mentar los enterrados
Es ultraje á los vivientes.

x

Miembro de esa falange es el gallardo escritor Juan B. Delgado, autor del poema "Natura," que en limpia edición acaba de salir á luz.

No es el nuevo poeta de los que se han colado en el templo del arte

Con llave falsa ó con violento insulto;

desde hace años dió á luz una bellísima colección de sonetos, "Juveniles," á que tuve la honra de hacer justicia en uno de esos artículos de periódico que afortunadamente desaparecen para no volverse á ver jamás, aunque se les busque por medio de exhortos despachados en debida forma. En ese escrito, si mal no recuerdo, sostenía que el camino del Señor Delgado se hallaba en la poesía descriptiva, para la cual, en mi concepto, manifestaba singulares dotes; y no me equivoqué al parecer, pues el poema que ahora examino es descriptivo y muy hermoso.

La poesía descriptiva, por su naturaleza misma, es lo más fácil y lo más complicado que puede acometer un versificador: nada más sencillo que hacer un inventario á estilo Delille en que se aglomeren sin discernimiento árboles, yerbas y plantas; nada más difícil que relacionar la naturaleza exterior con el alma del poeta y hacerla vibrar al unísono de los

pen-

pensamientos y los sentimientos que agiten á éste.

El señor Delgado no es uno de esos micrografistas que se preocupan por describir los ardores de la siesta mientras su alma permanece más helada que un carambano; ama la naturaleza, la estudia, la comprende y sabe sorprenderla en los momentos en que se entrega al observador que la busca con verdadero y hondo cariño.

Tiene, como lo tiene Othón, como lo tuvo nuestro malogrado Manuel M. González, el sentimiento del paisaje, la intuición de lo que da carácter y vida á un lugar.

Cierto que se trasparenta en su obra algo de énfasis, algo de afán de no dejar nada sin tocarlo, pero hay también legítima y verdadera poesía.

Los pastores del señor Delgado no son cortesanos que pulsen el caramillo y entonen endechas á Filis ó á Galatea, sino robustos hacheros que descienden la montaña.

Su haz de leña a la espalda y corcovados;
las reses que describe revelan
en sus salvajes expresiones francas
su instinto pasional;

no son la vaca Musette ni el toro Panurgo,
que como animales de *utilería* engordaban
en Montreuil.

La descripción del orto, la de la siesta,
la

la de la caída de la tarde, son magistrales: el sol, que como protagonista del poema esparce su lumbre vivificando la lujuriosa naturaleza costeña, es un sol de veras y no un sol de cartón, de los que tantos han relucido en poemas descriptivos de una naturaleza americana falsificada, de una naturaleza americana que tiene hoja.

Algo habría, sin escrúpulo ninguno, cercenado del poema: el título, que recuerda los tiempos en que á Dios se llamaba el Ser Supremo, á los padres los autores de la existencia y á los cónyuges los compañeros de la vida; y la introducción, en que se lanzan pestes contra las ciudades, donde se dice que reinan siempre

el engaño, la miseria
que ostenta lujo, el mundanal bullicio.

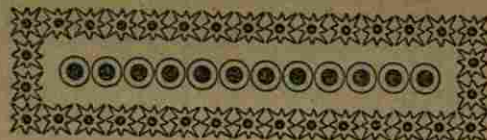
Esas invectivas ya pasaron de moda, como que datan de los tiempos en que se tenía como lo más tónico y fino ser persona sensible, entusiasmarse ante la *Vuelta de la nodriza* de Greuze y sufrir desmayos al leer la *Julia* ó la *Nueva Eloísa*. Claro que las ciudades tienen sus defectos y que hay en ellas quien se des-
peñe

A la sima miasmática del vicio;
pero en el poblado sobran almas buenas y hermosas que aman y practican la virtud y en el campo no escasean los pícaros y los rufianes. Sobre todo, cuando en la obra abundan los rasgos originales, no

había para qué ocurrir á esas vejeces, más gastadas que las coronas y los cetros que la compañía de Angulo el Malo llevaba para representar el auto de los Cortes de la Muerte.

El poeta ha entrado de lleno en una senda excelente: mencionar las cosas de la tierra por sus nombres indígenas sin buscarles equivalentes europeos que no tienen. Más de cincuenta años hace que el gran Bello, en su oda *A la agricultura de la zona torrida*, empleó idéntico procedimiento, apenas seguido ahora en verso —que en prosa existen de ello ejemplos concluyentes.

Quizás esta que parece innovación espante á los que no han pasado del *ortolan* y el *roitelet* é ignoran al *cuitlacoche* y á la *conguíta*; pero también el maestro de ceremonias de Versalles, cuando vió entrar á Mr. Roland, recién nombrado ministro, con zapatones y traje burgués, se llevó las manos á la cabeza exclamando que el mundo se venía abajo. Y ya vemos que el mundo continúa girando en sus ejes diamantinos sin dársele una higa de estas cosas.



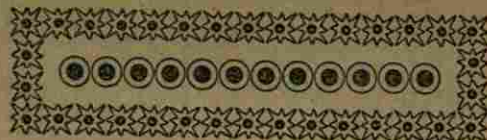
INDICE.

Prólogo.....	VII
Los modernistas mexicanos.....	
Carta á D. Francisco M. de Olaguibel.....	1
Primera carta á D. Amado Nervo.....	13
Carta á don Jesús E. Valenzuela.....	21
Segunda carta á D. Amado Nervo.....	31
"Místicas".....	43
"La Parcela".....	51
x x x.....	59
x x x.....	63
"Suprema Ley".....	69
Don Antonio de la Peña y Reyes.....	75
Don Rafael Delgado.....	79
Don Carlos Díaz Dufío.....	89
Un Crítico Novelista.....	93
Un Poeta Descriptivo.....	101

había para qué ocurrir á esas vejeces, más gastadas que las coronas y los cetros que la compañía de Angulo el Malo llevaba para representar el auto de los Cortes de la Muerte.

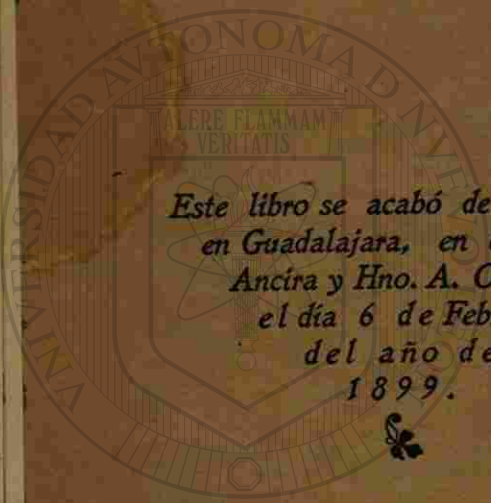
El poeta ha entrado de lleno en una senda excelente: mencionar las cosas de la tierra por sus nombres indígenas sin buscarles equivalentes europeos que no tienen. Más de cincuenta años hace que el gran Bello, en su oda *A la agricultura de la zona torrida*, empleó idéntico procedimiento, apenas seguido ahora en verso —que en prosa existen de ello ejemplos concluyentes.

Quizás esta que parece innovación espante á los que no han pasado del *ortolan* y el *roitelet* é ignoran al *cuitlacoche* y á la *conguíta*; pero también el maestro de ceremonias de Versalles, cuando vió entrar á Mr. Roland, recién nombrado ministro, con zapatones y traje burgués, se llevó las manos á la cabeza exclamando que el mundo se venía abajo. Y ya vemos que el mundo continúa girando en sus ejes diamantinos sin dársele una higa de estas cosas.



INDICE.

Prólogo.....	VII
Los modernistas mexicanos.....	
Carta á D. Francisco M. de Olaguibel.....	1
Primera carta á D. Amado Nervo.....	13
Carta á don Jesús E. Valenzuela.....	21
Segunda carta á D. Amado Nervo.....	31
"Místicas".....	43
"La Parcela".....	51
x x x.....	59
x x x.....	63
"Suprema Ley".....	69
Don Antonio de la Peña y Reyes.....	75
Don Rafael Delgado.....	79
Don Carlos Díaz Dufío.....	89
Un Crítico Novelista.....	93
Un Poeta Descriptivo.....	101



*Este libro se acabó de imprimir
en Guadalajara, en casa de
Ancira y Hno. A. Ochoa,
el día 6 de Febrero
del año de
1899.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

